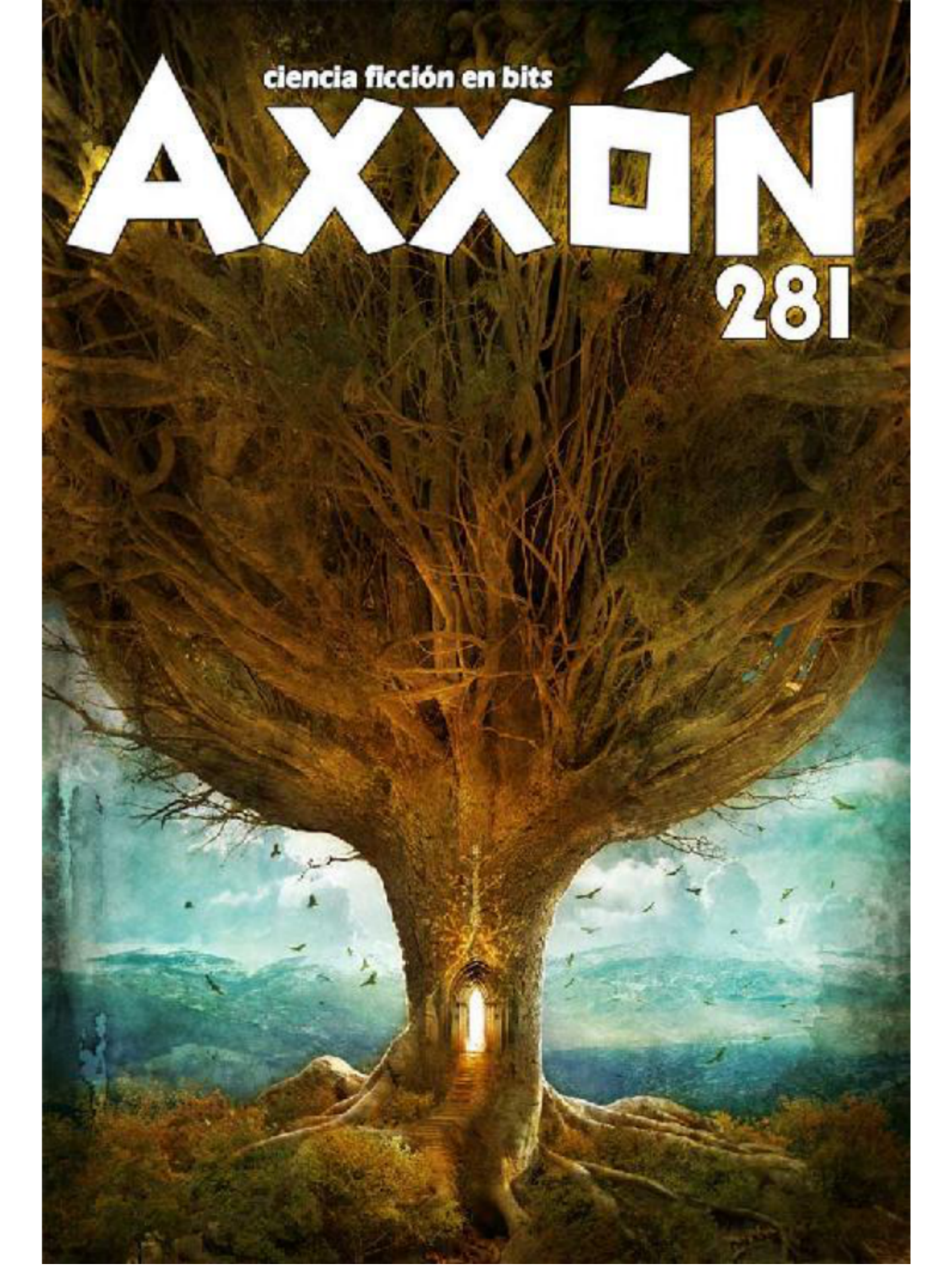

ciencia ficción en bits
AXXÓN
281

Axxón 281

Editorial - Axxón 281

ARGENTINA



Me faltan apenas unos días para ese mágico periodo anual que llamamos vacaciones. Y, como hace dos años, y por las mismas causas, arrancamos con el número ya casi en febrero.

Como todos los meses de enero, que se supone tengo algo más de tiempo disponible, releo los editoriales del año que cerró, y esa mirada retrospectiva no hace otra cosa que mostrarme a mí mismo. Mis estados de ánimo, alegrías y preocupaciones suelen reflejarse aquí, al comienzo de cada número, y bien podrían —y tal vez deberían— ocupar un espacio mucho más personal, como por ejemplo mi casi olvidado blog, o alguna entrada de Facebook, medio campeón entre los campeones para sesudos aportes a lo efímero, que a mi modesto entender solamente sirve para liberar eso que de alguna manera nos sacude.

No sé si por mi edad o por la situación sociopolítica de nuestro país, este año que acaba de terminar fue un año de dudas y zozobras, de protesta y preocupación, pero también de ilusión y promesas que, en su mayoría, no han sido más que una proyección de deseos hasta hoy incumplidos. Entre otras cosas, estoy aprendiendo a ser

paciente. Ya sé que algunos planes deberán esperar su momento para hacerse realidad porque hay veces que las circunstancias de la vida empujan para otro lado. Cuando cumplir con aquello que simplemente hacemos porque nos gusta se transforma en remar contra la corriente en una catarata de dulce de leche espesa y pegajosa, lo que nos queda es empuñar los remos firmemente y con paciencia, tratando de hacer lo imposible para que la corriente no nos arrastre.

Yendo un poco más allá, no ha sido el fresco pero ya terminado 2016 un año muy prolífico, y esta última parte ha sido bastante escueta, con números cortos en una tendencia que esperamos revertir pronto. Cuento con la ayuda de amigos invalorables que están haciendo muchísimo por Axxón, y hay algunas ideas que espero se concreten. Y si es por pedir deseos para este nuevo año, yo quisiera que volvamos a tener secciones fijas. Recuerdo con muchísimo cariño la época donde existían varias secciones de este tipo, y en especial a aquella terna de secciones que alimentaron y fueron parte troncal e importantísima de la revista durante bastante tiempo, base de lo que yo llamo *la época dorada de las secciones*: ***El Portal Fantástico*** de Carlos Ferro, ***Tour Macabro***, de Fabián Labeau y Martín Brunás e, imposible seguir sin nombrarla, ***Crónicas desde la Garrafa Virtual***, de Alejandro Alonso y Andrés Urtubey. ¿Quién, de los que hayan recorrido la revista en aquellos años, no recordará la invasión de los Hombrecitos Verdes de Alfa Centauri, que comenzaron la toma de la Tierra desde las páginas de esta revista?

Hubo otros, claro, y quisiera nombrarlos a todos, pero temo que cometeré la injusticia de olvidarme de alguien. A todos aquellos que ahora pasan por mi mente y que crearon y mantuvieron por un tiempo sus secciones en Axxón casi haciendo una revista dentro de otra revista, mil perdones por no nombrarlos en especial, pero sepan que también les estoy agradecido, en este caso como lector, por tantas horas de entretenimiento y diversión. Y claro, también por ese compromiso que supieron mantener mientras fue posible. Lo importante aquí es recordar que siempre habrá espacio para el que quiera y demuestre que puede. Una característica primordial de Axxón es su política de *página abierta*. Estamos orgullosos de que así sea. Desde la primavera austral de 1989, Axxón posibilitó que muchos de nosotros podamos hacer lo que nos gusta. Algunos han podido, inclusive, desarrollar esta afición hasta hacerla su profesión y actividad principal. Aunque sean contados con los dedos, estos afortunados le dan sentido a estas páginas y siento que es

importantísimo que esto no se corte, que podamos continuar aquí. Entiendo que es momento de volver a tender redes, a hacer que este espacio no se transforme en un entorno cerrado y enfocado en el propio ombligo. En el mundo están pasando cosas muy interesantes (aunque puede que no muy agradables) y la ciencia ficción sigue adueñándose de nuestra realidad. Nuestras ideas transforman el mundo y le dan nueva identidad, y muchos de los pensamientos más audaces fueron dados a conocer primero como ficción bajo esa premisa potencial por excelencia: *¿Qué pasaría si…?*

¿De dónde salieron esas ideas? ¿Brotaron de la nada? No hubo generación espontánea, sino un largo proceso de intercambio entre distintas mentes, y ese proceso es tan complejo que no es de extrañar que una misma idea, a veces con pequeñas variaciones, sea plasmada en lugares completamente remotos. Sin embargo, esas ideas no deben pertenecerle a un país, a una nación, ni a una corporación. Las ideas que mueven al mundo nos pertenecen a todos.

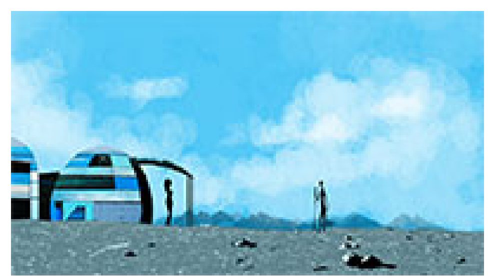
Debo ir cerrando estas líneas. Como siempre los invito a disfrutar de este número, de los anteriores y de los que están por venir, pero también los invito a crear, lo que quieran. Un cuento, una revista, una imagen. Un mundo. Pero sigamos en el camino de la creación. Sigamos dándole forma al mundo, un mundo donde quizá, alguna vez, todos tengamos el espacio para ser lo que merecemos ser: el mejor exponente de cada uno de nosotros.

Sidgrid

Laura Ponce

 **ARGENTINA**

24


Ilustración: Tut

Hay un silencio extraño; el viento de la planicie se ha detenido. Parada en el umbral de la nave y sin poder dar un paso más, Lis se da vuelta para mirar por encima del hombro. Y de pronto, sin que medie su voluntad, está otra vez en todos los momentos que la han conducido hasta ese sitio. Son como fotogramas ordenándose, trozos sueltos de una película de la que ella es al mismo tiempo espectadora y protagonista, los percibe igual que cuentas engarzándose en un gran rosario, y sus pensamientos y emociones actuales se sobreimprimen entre los pensamientos y emociones que revive.

1

El sol se está poniendo, pero ya casi no se ve entre las nubes que se aprietan sobre el horizonte. El viento huele a agua. Bajo el toldo de la UVM (Unidad de Vivienda Móvil), desde su reposera, Lis contempla la tormenta que se avecina, que ya avanza sobre la llanura, y piensa que eso no la entusiasma como solía hacerlo. <*Pero la esperanza es lo último que se pierde*, se repite

la Lis espectadora.> Y la Lis protagonista baja de la plataforma para alistar el equipo otra vez.

2

Es más de medianoche. Llovizna. Lis lleva horas esperando. Desde su puesto de observación, mira casi con indiferencia las redes tendidas sobre la hondonada. Antes iba lejos, estudiaba cada zona, tendía cuidadosamente las redes sobre grandes áreas, se entusiasmaba con los preparativos, invertía en equipos, en tutoriales que explicaban el uso de los equipos, en tutoriales que explicaban el uso de los tutoriales… pero fue perdiendo el interés. Ahora, sentada frente a la hondonada, a escasos cien metros de su UVM, bosteza mirándose las uñas y piensa que va siendo hora de regresar, cuando cae un último chaparrón. Ajusta el dispositivo de visión nocturna justo a tiempo para ver que algo cae en una de las redes: un hombre. Abandona el puesto de observación y baja la cuesta. Va hacia la red intentando mantener la calma. Camina rápido, al final casi corre. <Lis se avergüenza.>

3

Amanece sin prisa. Lis contempla los cambiantes colores del cielo acodada en la ventana. En la brisa fresca que le da en la cara está el último rastro de la lluvia. *Casi el último rastro*, piensa, y se da vuelta. En su cama todavía duerme el último hombre que cayó en su red. Un repiqueteo molesto le llega desde la cabina. Se cierra la bata de newsatén, va hacia la radio y contesta:

—Hola, Isa.

—Hola, Lis. ¿Hubo suerte anoche?

—Sí, pero no es gran cosa.

—No te quejes —gruñe ella, con un dejo de rencor—. Fuiste la única. Todas las demás pusimos las redes para nada.

Lis no responde. Después de un momento comenta:

—Mañana es sábado. Nos juntamos en el puerto como siempre, ¿no?

—¿Qué? ¿Vas a estar desocupada? —Hay sorna en la pregunta.

—Te dije que no es gran cosa.

—Vos te quejás de llena.

Lis murmura algo, pero si su interlocutora la escucha no comprende lo que dice, y si comprende lo que dice no se da por aludida.

—Bueno, nos vemos mañana —concede al final—. Chau.

—Chau, Isa. Nos vemos.

Lis vuelve al dormitorio y, recostada en la pared de duraluminio, observa al hombre que duerme. <*¿Será eso?,* se pregunta otra vez, *¿Seré una desagradecida? ¿Estaré pidiendo demasiado?*> Sonríe al ver que él se da vuelta y con un ademán infantil aparta las sábanas símil algodón —esas que le costaron una fortuna—, se incorpora sonriendo con los ojos aún entrecerrados, se pasa la mano por el cabello despeinado y pregunta:

—¿El baño?

—Esa puerta de ahí —dice Lis, señalando sobre su hombro.

Permanece junto al umbral y cuando pasa a su lado, cuando Lis cree que la besará, él le aprieta uno de los senos, lo suelta y sigue caminando.

—Qué gomas, mamita.

Por un instante Lis es incapaz de moverse. Luego se da vuelta y lo observa yendo hacia el baño. Él se rasca el glúteo izquierdo.

—Esa puerta, no. La otra —dice ella.

—¿Esta? —pregunta él, todavía medio dormido.

—Sí —responde ella, mientras el hombre se dirige hacia la puerta principal de la UVM.

Apenas abre la puerta, la fuerte luz del sol le da de lleno, iluminando la estancia y reduciéndolo a un pequeño montón de arena.

4

El horizonte se espeja sobre el hirviente terreno pedregoso. Bajo el cielo que lastima de azul, el vehículo personal avanza como un bólido. El paisaje

parece siempre el mismo, continuo, inalterable. Billones de pálidos guijarros grises relucen sobre la tierra polvorienta como escamas, como testimonio de antiguos habitantes de un mar olvidado. Hay cierta pureza en las formas, cierta economía en los colores, que Lis ha aprendido a disfrutar. Sin embargo, está segura de que esa continuidad y esa monotonía son engañosas, de que en Sidgrid casi nunca las cosas son tan simples como parecen.

Lleva mucho tiempo —ya no recuerda cuánto— trabajando como geóloga en este extraño lugar. Forma parte del tercer grupo enviado por la Compañía Minera. El primero después del Evento. Lis sonríe con una sonrisa torcida al pensar en eso. *El Evento.* Ese es el modo impreciso, algo despreocupado, en que los empleados de la Compañía se refieren a lo que les sucedió a las dos primeras naves enviadas a Sidgrid. Según se dice, ambas representaban el epítome de la tecnología de su época y sus tripulaciones, lo mejor que la Compañía podía reunir. Habían recorrido juntas el largo camino hasta la zona de la singularidad, un camino difícil, plagado de potenciales peligros, sin informar dificultades técnicas ni de ningún otro tipo. Todo parecía en orden al llegar al planeta. Pero, en el momento en que abandonaron la órbita e ingresaron en la atmósfera para descender a la superficie, se desintegraron.

Eso podría resultar raro, incluso inquietante, pero no era lo más extraño del caso. Lo realmente extraño, como Lis y sus compañeras descubrieron al poco tiempo de llegar, ocurría las noches de tormenta. Algo en las capas bajas de la atmósfera reaccionaba con la lluvia. O quizás con las descargas eléctricas. Y algunos hombres —las dos primeras tripulaciones estaban compuestas sólo por hombres, igual que la de ella estaba compuesta sólo por mujeres— volvían a materializarse y se precipitaban a tierra.

Desde todo punto de vista, parecía algo condenado al desastre. Porque ni siquiera los que se salvaban de morir a causa del impacto estaban por completo a salvo. Sus cuerpos demostraron ser muy inestables, podían colapsar en cualquier momento, y eran especialmente vulnerables a los rayos UV. Además, regresaban del no-espacio-no-tiempo sin recuerdos de lo que les había ocurrido y se mostraban inquietos, confundidos. Algunos creían soñar y lo tomaban con una alegría histérica, otros rechazaban la vida con una sensación de malsana extrañeza. Siempre amenazados por la disolución, incluso cuando se les daba la oportunidad, eran pocos los que lograban adaptarse a su nueva existencia.

Y aun así se seguían tendiendo las redes.

Al principio Lis se sintió fascinada por el fenómeno; abrazó la pesca como

una misión de salvamento. Pero, a medida que aumentaba la competencia y sus motivos se hacían más egoístas, advirtió que no manejaba la decepción tan bien como otras.

El viento comienza a soplar con fuerza. Lis puede oírlo incluso a través del casco y la velocidad. Suena como un arrullo, parece tratar de confortarla, parece tratar de mostrarle el camino correcto, y ella se deja guiar.

5

El puerto no es gran cosa: apenas algunos almacenes, un par de hangares y unos cuantos edificios en torno a una explanada en la que sólo descienden indistinguibles módulos de abastecimiento. De lejos se asemeja a una maqueta, a algo fuera de escala, acechado por la inmensidad de la llanura que lo rodea. Las luces que se encienden mientras cae la noche parecen el llamado de alguien que está perdido. *Quizás todos lo estamos*, piensa Lis al ir acercándose.

Baja la velocidad al recorrer el último tramo del camino, atraviesa la explanada, maniobra y detiene el vehículo junto a otros VPs, frente al edificio principal. Se quita el casco, sacude el cabello, mueve los músculos de la cara entumecidos por la máscara y se inclina estirándose hasta tocarse la punta de los dedos de los pies. *Ahora sí,* se dice sonriendo. Toma aire e ingresa en el ruidoso edificio donde palmeras falsas contra falsos paisajes playeros pretenden imitar la decoración tropical de algunos bares de antaño.

Suena “I can’t take my eyes off you”. Siempre está sonando cuando ella llega y siempre se pregunta si es el único remixado de grandes éxitos que tienen. El volumen de la música es alto, demasiado. Las mujeres en la barra y en las mesas ríen y conversan a los gritos, como si se vieran obligadas a dar prueba de su alegría. Aunque es temprano, casi todas las que Lis conoce están allí. Isa sale a su encuentro bebiendo de un vaso con forma de coco.

—Y viniste, nomás… Sola. —Hay un énfasis desagradable en la última palabra, pero Lis decide ignorarlo.

—Hola, Isa, ¿cómo estás? —responde besándola en la mejilla, mientras ve de reojo como otras cuchichean y la miran con desdén o incluso franca hostilidad.

—Vení… Las chicas están por acá —dice Isa, guiándola entre las mesas.

6

Lis ya sabe cómo son estos encuentros, los temas de conversación son siempre los mismos: chismes varios, los últimos resultados de la pesca, una que otra anécdota picante, quién está con quién haciendo qué. Está aburrida. Pensó que venir la ayudaría a distraerse, pero pasa justo lo opuesto.

Mira a los rostros sonrientes, expectantes, demasiado parecidos a máscaras, de las que comparten la mesa con ella y luego alrededor, a los otros rostros igualmente sonrientes y expectantes, igualmente parecidos a máscaras. Se fija en el lenguaje corporal, en la excitación y la competencia en torno a los muy pocos hombres presentes —la mayoría empleados de la casa—: hombres poco atractivos, poco interesantes, que en otro lugar no merecerían una segunda mirada, acá son consentidos, asediados o lucidos como trofeos. Y todo parece estancado, invariablemente anclado en el tiempo. Entonces piensa en su propia experiencia repetida: recuerda al mecánico rubio y vanidoso —el primero que expuso al sol—; recuerda al médico de voz grave y ojos oscuros —el que mencionaba a su madre cada vez con mayor frecuencia hasta que lo hizo durante un paseo y terminó en el fondo de un barranco—; recuerda al científico moreno ese que había durado un par de semanas, más que ningún otro, hasta que comenzó a sentirse demasiado cómodo en la UVM y a hacer exigencias respecto a la comida <Igual que cada vez que eso viene a su mente, Lis piensa en que tuvo cierta justicia poética haber acabado con él de un sartenazo>. Y como en una catarata los recuerda a todos: recuerda a los maleducados, a los egoístas, a los sabihondos, a los mentirosos, a los que poseían varias de esas virtudes al mismo tiempo. Recuerda cierta noche en la que soñó que todos eran, una y otra vez, el mismo hombre.

—¿No podemos hablar de otra cosa? —pregunta. Y todos los rostros en torno a la mesa se vuelven hacia ella.

—¿Y de qué tenés ganas de hablar? —Magda se echa otro maní en la boca. Parece estar haciendo un gran esfuerzo por no escupírselos en la cara.

—No sé… De otra cosa. No es el único tema en el mundo, ¿no? —Lis sonríe tímidamente, pero ya nadie la mira, ni siquiera Isa.

—Mirá, si a vos no te interesan las cosas de las que charlamos, no sé para

qué viniste.

Lis sonríe otra vez, ahora con amargura.

—Tenés razón, Magda: yo tampoco sé para qué vine. —Retira la silla, toma sus cosas y se encamina hacia la puerta.

—Lis… —protesta Isa poniéndose de pie.

—Ma sí, dejala que se vaya —dice Lupe mientras ella se aleja—. Si va a venir con esa cara, mejor que no venga.

Lo dice fuerte, como para asegurarse de ser escuchada. Lis aprieta los dientes y apura el paso rodeando las mesas. La puerta no está tan lejos.

7

Ha caído la noche. Lis está tan concentrada en el viaje de regreso que no se da cuenta de la tormenta hasta que llega a casa. Ya está dentro de la UVM cuando el rugido de los truenos retumba en la planicie. Una ráfaga húmeda irrumpe por la puerta y la lluvia comienza a repiquetear sobre el techo. Sorprendida, Lis se asoma a la ventana y ve el cielo apretado de nubes que se descargan iluminándose aquí y allá con sordos estallidos de plasma.

Cierra la puerta, apaga la radio y se acuesta tapándose hasta la cabeza. Está harta de aquello. Harta de esperar que algo suceda. Harta de la sensación de que nada cambia ni cambiará. Harta de ese planeta desquiciado y de la forma en que las ha afectado a todas. Harta de la naturalidad con que las demás aceptan lo extraño como normal a fuerza de convivir con ello. ¿Es que no se dan cuenta? ¿Cómo es posible que ella sea la única en no consentirlo? ¿Cómo es posible que ella sea la única que no pueda torcer, rectificar y adaptar su vida, que no pueda callar y aceptar? Pero no importa cuánto se esfuerce, al final siempre es lo mismo: todo allí le parece vacío, insípido, sin sentido. O peor: la continua y abominable reiteración de actos y cosas vacías, insípidas, sin sentido <Lis se estremece. Casi desde el principio esa impresión ha sido como una espina en su mente: una pequeña molestia que surgió un día cualquiera, que reaparecía cada tanto con algunas sensaciones o pensamientos, y que luego fue haciéndose notar cada vez con mayor frecuencia hasta convertirse en una inquietud constante e insoportable. Pero siempre aparecía algo más, algo que la distraía, y ella dejaba de pensar en eso.>

8

Lis se incorpora de pronto. Al principio no entiende por qué. Afuera llueve aún, pero sabe que no es eso. Se baja de la cama y sale cautelosamente del dormitorio. Entra en el recibidor a oscuras y los golpes en la puerta la sobresaltan. Putea por lo bajo.

—¿No podías esperar hasta mañana, Isa? —pregunta a los gritos mientras va hacia la puerta. Abre de un tirón y se queda sin aliento.

El hombre se apresura a disculparse:

—Perdone la molestia, sé que es tarde, pero ¿me permitiría usar su radio?

Está empapado y tiene un feo golpe en la frente. Lis está atónita.

—No fue un buen aterrizaje —agrega él tocándose la frente, y sonríe de un modo extraño, el modo en el que sonríe alguien a punto de desmayarse. Luego se cae.

Lis se asoma. Mira hacia un lado, mira hacia el otro. No ve ningún vehículo, nada salvo la llanura pedregosa que se ilumina con una descarga lejana. Da un paso cruzando el umbral y observa al hombre desplomado sobre la plataforma de entrada. Lo toca con la punta del pie, pero él no se mueve. Vuelve a mirar hacia uno y otro lado, piensa en Isa, en que es una broma. *Tiene que serlo*. Pero el hombre no se mueve. Finalmente se inclina sobre él y le aparta el cabello de la frente. El golpe es real. Se pregunta de dónde habrá venido, si habrá escapado de la red de alguna. Está sucio y maltrecho, como si hubiera caminado desde lejos, como si se hubiera caído y levantado varias veces. *Si escapó, ya lo reclamarán*, piensa. Pero la otra parte de ella replica: <*¿Y si no fuera tan sencillo?*>

—Hay que ocuparse de una cosa a la vez —murmura finalmente.

Trae la alfombra del recibidor, hace rodar al hombre sobre ella y la utiliza para arrastrarlo hacia el interior de la UVM. Es un hombre grande y pesado, pero logra moverlo con facilidad. Lo acomoda sobre el piso, apoya su cabeza en un almohadón y busca la caja de primeros auxilios. Limpia y desinfecta cuidadosamente la herida. Es un golpe fuerte, aunque no necesita sutura. Revisa el cuerpo magullado en busca de huesos rotos o lesiones internas, pero se siente súbitamente incómoda al palpar el ancho pecho y sentir la piel tibia, la respiración acompasada. Se dice que no tiene otras

heridas graves y abandona el examen.

9

Él trata de incorporarse bruscamente y se marea.

—Despacio —dice Lis, dejando las muestras de roca en las que trabajaba y acercándose para ayudarlo—. Te pegaste un buen golpe. Por suerte no parece grave. ¿Tenés sed?

Él asiente. Tiene los labios resecos. Lis sirve agua en un vaso y se lo entrega.

—Gracias —murmura él. Bebe con cautela echando una mirada a su alrededor: los muebles de la pequeña sala, el complejo equipo de análisis y algunas piedras sobre el escritorio desordenado, la puerta cerrada del dormitorio, el armario que es la cocina…

—¿Dónde estoy? —pregunta finalmente.

—Anoche me golpeaste la puerta —dice Lis señalando la de entrada—. ¿Te acordás?

—Más o menos… —responde él, pero no parece muy seguro. Luego se queda mirándola y agrega: —De vos sí me acuerdo.

Lo dice de una manera extraña, como si hablara de una certeza en el borde de su memoria. Después mira detrás de ella, por la ventana.

—¿Todavía llueve?

—Sí —responde Lis, y se da vuelta para observar también. Se encoge de hombros—. Parece que va a durar un poco más esta vez.

10

Después de dos días todavía llueve. Lis no puede creerlo. Si no fuera porque sabe que tal cosa no existe en Sidgrid, pensaría que se ha iniciado la temporada de monzón. Parece algo completamente incompatible con el

paisaje y sin embargo ahí está: la lluvia apenas si varió su intensidad desde que comenzó la tormenta. Es como si la planicie siempre esperara el momento en que ella estuviera más segura de saber a qué atenerse para volver a desconcertarla. *No es que me esté quejando*, admite al final y se vuelve hacia el armario-cocina, donde él prepara la comida dándole la espalda. Está canturreando y hace un movimiento con la cadera ante el que Lis no puede evitar sonreír.

—Acomodá la mesita que ya llevo los platos —dice sin darse vuelta.

—Hace rato que está lista. Espero que tanta demora valga la pena —se burla Lis, recargándose en la pared.

—Ya vas a ver, ya vas a ver. Lo que pasa es que vos no me tenés confianza —responde él, enarbolando el utensilio con el que revuelve.

Lis suelta una carcajada. Y su reflejo en el espejo la sorprende. No recuerda cuándo fue la última vez que rió de ese modo.

11

Lis lo observa mientras comen. Iván. Le gusta su nombre. Le parece poco frecuente y, sin embargo, familiar. Es como si ese nombre estuviera unido con largos hilos de plata a un montón de cosas que ella no llega a ver. Entonces nota que está distraído. Se pregunta en qué estará pensado y casi sin darse cuenta lo dice en voz alta.

—En mi nave —responde él.

Lis se siente incómoda.

—Lástima que la radio no funcione cuando hay tormenta… —dice lentamente, como disculpándose. Y agrega: —Pero no te preocupes, apenas pare de llover te voy a llevar al puerto. Seguro allá vas a encontrar a alguien que pueda ayudarte. <*Se van a matar por un tipo como vos*, piensa con rencor. Aun así, cree que es lo mejor que puede hacer. Será la primera vez que entregue a alguien y la idea no le agrada, pero está harta de los juegos sin sentido>.

—Perdoname, debés pensar que soy un malagradecido —Iván toca su mano, se ve genuinamente apenado—. Te aseguro que aprecio lo que hiciste por mí. Lo que pasa es que…

Parece no saber cómo continuar y retira la mano. Lis mira su propia mano, que se le quedó como clavada a la mesa. Sintió algo perturbador en el contacto y tiene miedo de alzar la vista y encontrarse con los ojos de él. Se da cuenta que no sabe qué le resultaría peor: hallar alguna evidencia de que a él le pasó lo mismo, o de que no le pasó.

—Está bien, no te preocupes —dice Lis cuando logra recuperarse.

Y siguen comiendo en silencio.

12

Lis despierta sobre la alfombrita. Apartando la vieja manta, estira perezosamente los miembros doloridos. Lo último que recuerda es que estaba charlando con Iván. Él le contaba algo acerca de los años que lleva en el espacio, de que este iba a ser su último viaje. Debió quedarse dormida. La ventana es un rectángulo azul brillante y el sillón está vacío. Se levanta de un salto y lo ve con la mano sobre el picaporte de la puerta principal de la UVM.

—¡No! —grita, y él aleja la mano del picaporte como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Lis se le acerca intentando suavizar su tono: —No podés salir así. Acá el sol es peligroso, te puede hacer mal.

Iván tiene los labios estirados en una semi-sonrisa perpleja. Lis lo conduce hacia el sillón y se sienta junto a él.

—No quiero que te pase nada malo —dice por fin, y se sorprende de lo cierto que es eso.

Se ruboriza y entonces él sonríe. Esta vez con una sonrisa franca y hermosa <*Qué ojos que tiene,* piensa Lis>.

—Voy a buscarte un traje —declara poniéndose de pie, y se dirige hacia el dormitorio procurando caminar con seguridad.

Le llama la atención este deseo de salir de Iván —todos los otros demostraron cierto temor al sol, como si de algún modo supieran del peligro que representaba y procuraran mantenerse alejados de él—. Sin embargo, para cuando descuelga el traje, ese pensamiento ha desaparecido bajo cuestiones más inmediatas.

13

Con el estómago revuelto, Lis revisa que el VP esté preparado para llevar a Iván al puerto. El poderoso motor está en condiciones y la carga de energía es más que suficiente para hacer el viaje, pero Lis no les está prestando verdadera atención. Mientras verifica los controles trata de pensar en alguna excusa, en algún modo de ganar tiempo, sin embargo tiene la desesperante sensación de avanzar por un túnel donde no hay margen para movimientos improvisados. Se dice que es tonto tomarlo de ese modo, que no lo va a llevar al matadero, además tampoco está renunciando a volver a verlo. Pero las manos le tiemblan. Entonces se pregunta por qué no puede ser como las demás, por qué no puede ser un poco más autocomplaciente, por qué se empeña en privarse de lo que desea. *¡Porque no es real!*, se responde, y agarra a patadas el vehículo.

Se deja caer en el piso, profundamente abatida. No sabe cuánto más le durará la cordura en ese sitio, cuánto más podrá soportar el cotidiano, constante embate de las cosas.

Cuando levanta la cabeza, ve que Iván salió de la UVM enfundado en el traje. Es un traje Yabris. Ajustado y enterizo, fue diseñado para mantener al usuario fresco, cómodo y seguro en un ambiente como el de la planicie. El fino material microporoso y termocrómico reacciona a los cambios en el entorno y regula la temperatura del cuerpo. El sombrero de ala ancha completa el atuendo que podría protegerlo tanto del sol como de la lluvia. Lis piensa que, aunque podría verse ridículo, no luce nada mal. Especialmente porque no le dijo que podía ponerse la otra ropa encima. Maliciosa, lo observa mientras él camina unos cuantos metros y se inclina para tomar algo del suelo. Entonces tiene una inesperada certeza: ella lo ha visto antes inclinado así, pero cuándo, ¿en un sueño? Es una sensación extraña. Va hacia él como siguiendo un rastro marcado en el aire.

—¿Por qué vos no usás traje?

La pregunta la toma desprevenida y sólo atina a responder:

—Ya estoy adaptada.

—¿Cuánto tiempo toma la adaptación?

—A algunos —iba a decir “hombres” pero lo evita justo a tiempo— les toma más que a otros. Y se pone en cuclillas junto a él para preguntar: ¿Qué

encontraste?

—Esto me llamó la atención —dice Iván mostrándole un guijarro oscuro que brilla sobre la palma enguantada de su mano.

Lis lo toma y lo estudia cuidadosamente a contraluz.

—Tendría que analizarla —murmura— pero creo que en todo el tiempo que llevo acá clasificando piedras, nunca encontré una de este tipo. Es muy rara, no es de esta zona.

—Esperá —dice Iván—. Se fija alrededor, mira entre los otros guijarros y, como si supiera dónde buscar, aparta una piedra más grande y agrega: —Acá hay otra igual.

Lis mira desconcertada el otro guijarro que él le ofrece.

—Te aseguro que sé de lo que estoy hablando…

—Te creo —responde él. Parece tanto o más sorprendido del descubrimiento que ella, sin embargo Lis se siente obligada a explicar:

—En serio, es muy raro. Así, a simple vista, puedo decirte que son muy distintas a todas las piedras que abundan en esta zona. Creo que podría buscar en toda la planicie y no encontrar otra igual, y estas dos estaban justo una al lado de la otra.

—¿A qué te referís? ¿A que fue necesaria alguna clase de coincidencia cósmica para que terminaran tan cerca?

Lis frunce el ceño. Es justo lo que iba a argumentar, pero le parece que, dicho así, suena tonto.

—¿Por qué? ¿No estás de acuerdo? —se defiende.

—No, al contrario. Creo que es —se pone colorado— romántico.

Sorprendida, Lis finalmente sonríe.

—Sí, supongo que tenés razón —dice.

Y observa como él, incómodo, se sacude las manos y se pone de pie. Dejándose llevar por un impulso, Lis se levanta y lo besa.

14

Lis despierta sola en la cama y tiene el repentino temor de que todo haya

sido un sueño. Como buscando a qué aferrarse, intenta repasar mentalmente lo sucedido. Las imágenes y las sensaciones vuelven a ella con esa fuerza que sólo lo real puede generar: el roce, el calor y el peso del cuerpo de Iván, su sabor todavía llenándole la boca, todo es de una intensidad tal que recordarlo la deja sin aliento. Y detrás de eso, la constante impresión de que aquello debía ocurrir, de que las cosas no pudieron ser de otro modo.

Se levanta y sale del dormitorio. La puerta principal está abierta. Sentado a la sombra del toldo, en el borde de la plataforma de entrada, Iván contempla la planicie que reverbera bajo el sol. La tierra dura, polvorienta, sembrada de guijarros grises, reluce como un inmenso jardín de piedras. Es un espacio vasto, casi infinito, extendiéndose hasta las distantes montañas veteadas de azul. Es un espacio palpitante, ofreciendo todo lo que tiene para dar. La brisa tibia que se mueve con pereza parece arrastrar el indicio de una voz lejana. Da la sensación de que hubiera una pregunta en el aire a la espera de respuesta. Lis piensa que es hermoso. Y, como si lo hubiese dicho en lugar de sólo pensarlo, él se da vuelta y le sonríe.

—Hola.

—Hola —responde Lis. Y va hacia él, que le abre los brazos invitándola a sentarse en su regazo.

Mientras se deja envolver, Lis piensa: *Esto es una locura, ¿qué estoy haciendo?* Luego él le acaricia el cabello y la besa, y todo lo demás comienza a perder importancia. Entonces lo escucha decir:

—Estaba pensando que, antes de ir al puerto, sería conveniente regresar a la nave y evaluar los daños.

Para Lis es como si se hubiera disparado la alarma de evacuación. Se aclara la voz y responde:

—Como quieras. —Y sugiere—: Podríamos ir después de comer… O cuando baje un poco el sol… ¿Qué te parece?

Intenta sonar natural, pero todos los engranajes de su mente están en desesperado funcionamiento. Se dice que debe pensar las cosas bien y debe hacerlo rápido. Tiene que prepararlo para la verdad, pero ¿cómo hacerlo? Sabe lo que esa clase de verdad hizo con la cordura de otros hombres.

<*Es increíble lo miope que puede ser uno*, admite Lis.>

Al mirar la nave que reluce en el fondo de la hondonada, Lis piensa confusamente en una ballena varada. Llevan horas recorriendo la planicie, cambiando de rumbo cada vez que Iván decía recordar algo, y durante todo este tiempo Lis estuvo con un nudo en la garganta, compadeciéndose de él y acompañándolo en una empresa que creía sin sentido, esperando el momento en que se diera por vencido para, paciente y piadosamente, hablarle de la verdad, para decirle al final que a ella no le importa su condición frente a la realidad, para decirle que ella lo acepta, que deben tener cuidado con algunas cosas pero que no es tan terrible, que juntos pueden seguir adelante, que Sidgrid es un sitio extraño pero que pueden adaptarse, que no es un mal lugar para vivir. Sin embargo, ahora lo ve bajar la cuesta exultante, casi sorprendido de encontrar la nave, como si en realidad nunca hubiera estado seguro de que lo que buscaba se hallara en sitio alguno, y no sabe qué pensar o sentir. Parece que el universo entero se hubiese detenido y ella sólo pudiera escuchar el sonido de su propia respiración.

16

Iván no deja de hablar. La guía hacia la nave casi tironeando de su mano, como si ella no pudiera encontrarla sin su ayuda. Es una nave clase Buenaventura. Es pequeña, no tiene la capacidad de carga de las clase Prosperidad ni la velocidad de las clase Galaxia, pero Lis sabe que la Compañía contrata ese tipo de naves para realizar viajes largos llevando bienes valiosos de escaso volumen. Ha oído decir que en ese tipo de naves la IA de a bordo controla todos los sistemas y que lleva a un único tripulante como respaldo.

Lis se fija en el aspecto maltrecho del casco, en que el viento y la arena le han dejado huellas, y de algún modo aquello aumenta su desconcierto. No puede entender lo que pasa, la cabeza le da vueltas. *¿Entonces no es como los otros? ¿No es tan frágil como ellos?* <*¿De dónde vino él en realidad? ¿Es… permanente?*> La sola posibilidad le quita el aliento, le da vértigo. Con embriagante maldad se pregunta qué dirán las otras cuando se enteren. Tiene miedo de dejarse arrastrar por la alegría. Se dice que hay una forma de asegurarse, pero luego debe reconocer que él se ha vuelto demasiado precioso para ella como para ponerlo en riesgo.

Iván sigue relatando la confusa experiencia de la noche de su llegada: la

falla en los sistemas, el aterrizaje de emergencia, la IA sacándolo bruscamente del criosueño, haciéndolo abandonar la nave ante el riesgo de contaminación, su errar en la oscuridad y la tormenta, la caída —las caídas— que terminaron en la contusión que ella había atendido, su aturdimiento durante los días siguientes, la sensación de no ser el mismo, de estar perdido, de repetir sus actos una y otra vez, como si caminara en círculos.

—Pero por fin estoy acá —remata comenzado a subir por la pequeña rampa, como si aquel fuera el esperado final de una odisea.

Hay algo ajeno y a la vez perentorio en su voz, y Lis se siente anegada por una súbita amargura. Se descubre observándolo con rabia, sospechando que detrás de ese entusiasmo se oculta un gran temor. Se pregunta qué le preocupa, a qué le tiene tanto miedo. ¿A no poder irse? ¿A tener que quedarse con ella? Esa última idea le molesta, y la aparta de inmediato. Pero ya es tarde. Lo que hace un momento fue deslumbrante promesa, ahora es inminente herida. Para Lis es como si la rosa que contemplaba y que por un instante había creído a su alcance, se marchitara y pudriera frente a sus ojos. Iván se da vuelta, le sonríe y la abraza, pero eso no alivia su angustia, no apaga esa especie de incendio helado que crece en su interior. Porque en medio de todo eso hay algo más, algo que Lis todavía no llega a identificar, algo que se va abriendo paso hacia su entendimiento como un gusano dentro de una fruta. Como la sombra de algo que sabe, pero no quiere recordar.

17

El sol se acerca al horizonte y empieza a hacerse sentir el descenso en la temperatura. *Pronto caerá la noche*, piensa vagamente Lis. Conduce su vehículo intentando entretener la mente, pensando en qué preparar de comer o en cómo llevar la comida de regreso a la nave, donde ha dejado a Iván revisando el estado de los sistemas. Está demasiado cansada. No quiere pensar en nada más. Y tiene tanto éxito que no nota el vehículo estacionado junto a la UVM hasta que se halla a sólo a unos metros de él.

<Isa.>

La encuentra recostada en su reposera.

—¿Qué hacés acá?

—Yo también te quiero —responde Isa alzando una ceja.

Lis se quita los guantes y los echa dentro del casco sin dejar de mirarla, esperando. Finalmente Isa contesta de mala gana:

—Hace varios días que no sé nada de vos. Tenés la radio apagada, así que me vine hasta acá, a ver si te había pasado algo. —Se alisa la ropa—. Por la forma en la que te venís manejando, no creí que fuera a interrumpir nada.

—Eso no es asunto tuyo —responde Lis, y al instante se arrepiente de la dureza con que habló.

Isa acusa el golpe. Pero después sonríe, como quien descubre una posibilidad insospechada.

—Vos conociste a alguien… —Lis siente que el color le sube al rostro con una rapidez incendiaria e Isa aplaude: —¡Sí! Conociste a alguien. ¡Y te gusta! ¡Quiero saber todo! Cuándo, cómo, dónde…

—Ni loca.

—Pero yo te cuento todo —insiste Isa.

—Nunca te pedí que lo hicieras.

—Dale, no seas mala…

—No, no quiero quilombo, Isa. No se te puede decir nada a vos. Sos un estómago resfriado. Por qué no te vas a chusmear con tus amigas…

—No seas así, te juro que lo que me digas queda entre nosotras… Además vos sabés que las demás son conocidas, mi única amiga sos vos…

Lis la mira procurando mostrarse intransigente e Isa la abanica con sus pestañas. Al final Lis sonríe. Entonces se le ocurre preguntar:

—Isa, ¿te acordás de antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de esto —responde Lis, abriendo los brazos en un gesto que pretende abarcar todo lo que las rodea: el paisaje árido, el cielo azul, el viento seco y caliente… Pero más que nada se refiere a esa trama íntima y vasta en la que, intuye, Sidgrid va uniendo todas las cosas y marcando todos los caminos.

Isa se encoge de hombros.

—No mucho. Ahora que lo pienso, casi nada. Pero vos sabés como soy yo: nunca me preocuparon demasiado el pasado ni el futuro…

—Sí, ya sé: “uno ya pasó y el otro no ha llegado”.

—Exacto —responde Isa sonriendo—. No tiene nada de malo vivir el

presente.

—¿Pero no te molesta que vivamos siempre la misma rutina? ¿No te molesta estar como empantanada? ¿No te molesta… —la voz le tiembla, hay tanto que querría decir, pero aquella perturbadora angustia le cierra la garganta. Iba a preguntar: “¿No te molesta no poder confiar en lo que ves?”, pero finalmente calla.

Isa le acaricia el cabello maternalmente. Sin embargo, cuando Lis alza la vista y le sonríe, ella dice:

—No creas que te voy a dejar cambiar de tema, querida. ¿Qué está pasando acá?

Lis toma sus cosas y sube con cansancio a la plataforma.

—No tengo la menor idea —contesta. Y al llegar a la puerta agrega: —¿Hago unos mates y me ayudás a cocinar? Quiero que conozcas a alguien…

18

Iván sube la cuesta con esa última luminosidad que precede a la noche, esa luminosidad que en Sidgrid parece venir del suelo.

—Todo un espectáculo —murmura Isa, con una sonrisa maliciosa. Y no se refiere al paisaje—. Ahora entiendo por qué tenés la radio apagada…

Lis la codea y ella se ríe. Cuando Iván está apenas a unos pasos, Isa se fija en lo que hay en el fondo de la hondonada. Sonríe incrédula, comienza a decir:

—Pero esa nave…

Lis la mira, pero ella no sigue hablando.

—¿Sí? —pregunta.

—No, no me hagas caso… *Déjà vu*… Vos sabés cómo son las cosas acá: pasa a cada rato…

19

Isa está embobada. Al principio de la cena Iván se mostró amable pero reservado, quizás un poco tímido. Luego comenzó a hablar de la nave y de este, su último contrato, de que una vez que finalice su viaje entregando la nave en la estación de destino su período de servicio con la Compañía habrá terminado, de que entonces podrá ir a donde quiera, y de que lo que quiere es ir a cierto planeta del que ha oído hablar. El rostro se le ilumina con sólo mencionarlo. Lis escucha su voz, observa sus gestos, intenta ver debajo de la superficie, pero lo único en lo que puede pensar es que se ve impaciente. Lis piensa en retrasar su partida dañando la nave. Se ve alterando sistemas, arruinando su trabajo un poco cada día, incluso llegando a deteriorarla de modo irreparable. Para alejar esos pensamientos, termina el vaso de un solo trago.

20

Iván duerme. Su rostro se ve particularmente sereno con la primera luz de la mañana. *Nada le preocupa*, piensa Lis, con envidia, con rencor. Sentada en un rincón frente a la cama, parece una sombra más entre las que comienzan a diluirse en el cuarto. No logró conciliar el sueño en toda la noche; al final ni siquiera pudo permanecer entre las sábanas. La puesta en funcionamiento de la nave progresa con alarmante rapidez; Iván dijo que podría estar lista muy pronto. Y ella no puede evitar sentir que le falta el aire. Odia sentirse así. No recuerda haberlo hecho por nadie y no quiere empezar ahora; pero no puede dejar de pensar en que él se irá, no puede dejar de preguntarse cómo hará para seguir adelante una vez que se haya ido, cómo hará para regresar a la rutina ahora más ajena que nunca. Sabe que todo es demasiado extraño, que hay demasiadas preguntas sin respuesta. Pero la intensidad de lo que siente se impone sobre todo razonamiento. Contemplándolo, Lis murmura:

—No sé qué me duele más: perderte o que no te duela perderme.

Él se mueve apenas. Hay un cambio sutil en su respiración. Al final abre los ojos. Durante un momento la mira sentada en el rincón. Después, sin decir palabra, abre la manta invitándola a volver a la cama. Ella regresa y él la abraza, abrigándola con el calor de su cuerpo. Acurrucada, apretando los párpados, Lis escucha el viento que silba afuera <*¿Me lo diste para quitármelo?,* pregunta amargamente>. La almohada se humedece con sus lágrimas.

Cuando logra dormirse, sueña que ese viento la envuelve con ráfagas amorosas, sueña que ese viento es el aliento y la voz de Sidgrid, sueña que murmura una y otra vez: “Sos mi favorita”.

<Lis se estremece.>

21

—Anoche soñé que estaba en Calac —dice Iván mientras desayunan—. Soñé que estaba por fin en el lugar al que quiero ir.

—¿Ah, sí?… —responde Lis distraídamente; está pensando en la nave en el fondo de la hondonada, y se pregunta si lo que siente al evocar la reluciente imagen será lo mismo que sienten las ballenas varadas. Pero él parece no haberla escuchado.

—Las montañas y el valle eran justo como me dijeron: los picos apenas nevados, los campos donde pastan los animales reverdecidos después de la lluvia, las granjas y los cultivos brillando bajo el sol… Y el río… el susurro del río… Fue como si me estuviera llamando. —Hay algo en la forma en que lo dice, algo que Lis encuentra íntimo y perturbador. Alza la vista y él la está mirando—. Me gustaría compartir todo eso con vos.

—¿Qué?

—Que podrías venir conmigo.

Lis se ríe. Pero después se da cuenta de que él no está bromeando.

—¿En serio me lo decís? Pero no puedo irme así… Mi contrato…

—Tengo que entregar la nave en la estación Zabrinzky, ahí hay representantes de la Compañía con jurisdicción sobre todo el sector. Podrías renegociar tu contrato con ellos. —Estira la mano sobre la mesa para alcanzar la suya—. ¿Sabés el tiempo que llevo esperando? ¡Siento como si fuera lo único que he querido durante toda mi vida! Y ahora por fin está todo listo… Pero me gustaría que vinieras conmigo.

Lis piensa en los dos guijarros oscuros, juntos en medio de un mar de escamas plateadas, y casi se echa a llorar.

Sentada en el sillón, Lis ve a Isa caminar de un lado a otro por la pequeña sala de la UVM.

—¿Cómo que te vas?

—Sí, me voy.

—¿Ya tomaste la decisión?

—Sí.

—¿Vos sabés de lo que estás hablando? ¿Sabés lo que te va a pasar si incumplís el contrato? ¿Ya te olvidaste de que por eso la Compañía nos mandó acá?

Lis no responde.

—Lógico que el tipo te gusta, es un bombonazo… Pero tampoco es para que te pongas a hacer boludeces. Además, no entiendo… Ya sabés cómo es esto, vos misma me lo dijiste mil veces: no hay que encariñarse. Hoy están, mañana no se sabe.

—Él es diferente.

—¿Estás segura? ¿Ya lo pusiste al sol? ¿Ya le dijiste lo que le puede pasar?

Lis echa la cabeza hacia atrás y se pasa los dedos por el pelo. Al final murmura:

—¿Es tan difícil de entender, Isa?

Ahora es Isa la que no responde.

—Por ahí, si salimos de acá las cosas serían diferentes.

—O no —replica Isa.

—¡O sí! ¿Te cuesta tanto desearme buen viaje?

—Sabés que no es eso.

Isa se apoya en el armario-cocina, molesta. Lis se le acerca y la abraza. Ella tiene el cuerpo rígido, no quiere ceder, pero después de un momento la abraza también. Al final susurra:

—Tengo miedo de que esto termine mal.

—Sí, ya sé.

Y por primera vez Lis cree reconocer en la voz de Isa la misma sensación de incertidumbre que tantas veces la inquietó a ella y que ahora, ante la

posibilidad de abandonar Sidgrid, se agiganta como un monstruo a sus espaldas.

<*¿Qué estoy haciendo?*, se pregunta.>

23

Lis tiene la garganta seca. En la continua letanía del viento le parece oír rastros de su propio nombre. Da un vistazo alrededor como para llevarse una última impresión del paisaje, como si deseara despedirse, pero ya en el fondo de la hondonada no hay mucho para ver. Lamenta no haber dado esa última mirada a la planicie y a las montañas antes de bajar la cuesta, pero ya no hay tiempo: Iván ha subido a la pequeña rampa y está solicitando acceso a la nave. Aprieta los dos guijarros oscuros que lleva en el bolsillo y apura el paso.

Para cuando se reúne con él, la compuerta se desliza ante sus ojos con un silbido y un rumor, y la luz del sol comienza a penetrar en el compartimiento de carga. Él se adelanta y Lis hace un desesperado esfuerzo por acostumbrar los ojos a la penumbra, pues más allá de la entrada reina para ella una completa oscuridad. Algunos metros más adelante llega a ver a Iván que le sonríe y quiere ir con él, pero al tratar de avanzar siente un ahogo, una presión en el pecho, la pulsación silente de un repentino vacío creciendo en el sitio donde debería estar su corazón. Es como una corriente helada que la paraliza por dentro. Está ahí, con la mano en el marco de la compuerta, pero no puede dar un paso más. Iván se le acerca, interrogante, y ella ni siquiera puede decirle qué es lo que le sucede. Aunque pudiera hablar no sabría qué decir. Sólo sabe que hay algo visceral, instintivo, que le impide seguir avanzando. Vuelve a mirar la oscuridad que llena el compartimiento y entonces, con rabia, con pudor, con tristeza, comprende. Y el viento se detiene.

24

En medio del extraño silencio, parada en el umbral de la nave, Lis se vuelve para mirar por encima de su hombro. Y de pronto está otra vez en todos los momentos que la han conducido hasta ese sitio. Son como fotogramas ordenándose, trozos sueltos de una película de la que ella es al mismo tiempo espectadora y protagonista, los percibe igual que cuentas engarzándose en un gran rosario. Comprende que este rosario es sólo uno entre muchos. Y toma conciencia de todas las demás cuentas, de todas las veces que ha estado allí, de todos los otros hechos, circunstancias y decisiones, de las pequeñas variaciones que ha tomado su camino todas las veces que, parecido pero diferente, ha recorrido el rizo de este bucle temporal.

Igual que si los rosarios se rompieran y sus cuentas rodaran, se esparcieran y se mezclaran transformándose en billones de pálidos guijarros expuestos al sol sobre una planicie infinita, Lis comienza a experimentar la existencia no como una sucesión de hechos sino como una convivencia de momentos que permanecen, que no se niegan unos a otros, que pueden compararse en sus repeticiones y en sus diferencias, que pueden ordenarse y desordenarse a gusto. Porque, para la inmensa voluntad que ella adivina, que siempre ha presentido, rigiendo todos los destinos y marcando todos los caminos en este sitio, para la inmensa voluntad que ahora le permite ver esto, la noción de línea de tiempo, de pasado o futuro, ha perdido toda importancia.

Extendida ahora hasta el límite de su entendimiento, Lis llega a percibir la verdadera naturaleza de esa voluntad, la verdadera naturaleza de Sidgrid. Lo percibe como un lugar, pero también como una entidad y también como una idea. Lo percibe como algo tan vasto y tan ajeno, tan masivo y tan complejo, tan abrumador, tan distinto a lo humano, y sin embargo tan oscuramente familiar.

Sorprendida de cómo su propia curiosidad se va imponiendo al temor, Lis se pregunta qué motivaciones tendrá esa entidad, si comprenderá cómo esa forma de existencia múltiple y reiterada ha afectado a los que viven allí. Pero luego se da cuenta. *¿Viven?* No necesita volver a mirar entre todos los momentos-fotograma, entre todos los momentos-guijarro, para saber que no hallará ninguno acerca de su llegada, acerca del aterrizaje de la tercera nave enviada por la Compañía o del establecimiento del puerto. De un modo vago, le viene a la mente la sensación de estar inmersa en un elemento desconocido, un caos de almas, un no-espacio-no-tiempo. Pero todo eso está fuera de su alcance, son recuerdos ajenos, no le pertenecen. La angustia la invade. *¿Qué querés de nosotros? ¿Por qué nos reconstruiste? ¿Te divertimos?*, se pregunta con amargura.

Y algo la hace revivir el sueño en que el viento la envolvía entre ráfagas

amorosas y Sidgrid le decía: "Sos mi favorita". Lis se estremece.

Entonces mira el rostro inquisitivo de Iván, detenido en este instante infinito, y tiene miedo de preguntar de dónde vino él en realidad. Sabe en el fondo de su ser que hay algo en él, algo demasiado extraño, demasiado conocido, demasiado perfecto para ser verdad. Piensa en Sidgrid reconstruyéndola a ella, una indistinguible copia de la Lis original. Piensa en el viento dándole forma al polvo, fabricándola a base de su propia sustancia y de la información atrapada en lo que antes había creído la atmósfera, en lo que probablemente era el horizonte de sucesos. Y luego piensa en el viento haciéndolo a él, dotándolo átomo a átomo de todo lo que ella podría desear. Tiene miedo de preguntar si existió alguna vez otro Iván o este es el original, un auténtico hijo de Sidgrid. *¿Por qué? ¿Para qué?*

Escucha a Iván diciendo: "¿Sabés el tiempo que llevo deseando este viaje?" Lo escucha decir: "Me gustaría que vinieras conmigo." Y se queda sin aliento.

Para disimular su turbación, quizás intentando ganar tiempo, mira detrás de él, hacia el interior del compartimiento, hacia la poderosa oscuridad que aguarda como una bestia inmensa, como un anuncio de la oscuridad del espacio, como un recordatorio de la oscuridad final antes de la nada, y siente otra vez la punzada, el dolor en el pecho, el temor instintivo atenazándola. Se lleva la mano al sitio en el que debería estar su corazón, pensando que ha sido un buen sistema de alarma. Y sonríe, con rabia, con pudor, con tristeza, asombrada de lo bien que lo está tomando esta vez. *¿Para eso me traés hasta acá?,* piensa Lis tratando de parecer despectiva, *¿para mostrarme que no soy más real que los hombres que se hicieron polvo cuando les dio el sol?* Sin embargo, sabe que no es por eso.

Escucha a Isa preguntando: "¿Ya tomaste la decisión?". Pero detrás de la voz de Isa hay otra voz.

¿Qué decisión?, piensa Lis, aunque conoce la respuesta.

Y después está en todos los momentos en que, terminada la pausa en el viento y sin poder seguir avanzando, miró el rostro inquisitivo de Iván, y le dijo la verdad. O le mintió. O guardó silencio. Y él no le creyó. O insistió en llevársela y por eso discutieron. O se quedó. O se fue y nunca regresó. O regresó para no irse jamás. Para desintegrarse y quedar atrapado, pero también para vivir para siempre.

Al menos hasta dar con algo de afuera, algo que no pueda ser engañado, reflexiona Lis mirando lo que aguarda en el interior del compartimiento de carga.

Pero, casi sin darse cuenta, apenas teniendo conocimiento de su deseo de

hacerlo, está otra vez en la puerta de su UVM viendo a Iván sentado en el borde de la plataforma. La planicie reverbera bajo el sol. La tierra dura, polvorienta, sembrada de guijarros grises, reluce como un inmenso jardín de piedras. Es un espacio vasto, casi infinito, extendiéndose hasta las distantes montañas veteadas de azul. Es un espacio palpitante, ofreciendo todo lo que tiene para dar. Lis piensa en que es hermoso. Y, como si lo hubiese dicho en voz alta, él se da vuelta y le sonríe.

—Hola.

—Hola —contestaLis. Y va hacia él, que le abre los brazos invitándola a sentarse en su regazo.

Hay un cambio de frecuencia, una especie de sutil temblor en las cosas, y de pronto la pausa en el viento ha terminado.

25

Lis tiene miedo, no es que no lo tenga. Parada en el umbral de la nave, observa la indescifrable negrura que se halla frente a ella y sabe lo que está en juego: la existencia que ahora experimenta puede no ser verdadera, puede ser sólo una sombra de lo que experimentaba la Lis que viajó a Sidgrid, pero es la única que tiene y desea aferrarse a ella. Sin embargo, no le agrada ninguna de las otras opciones ni le parece que valga la pena volver a recorrer ninguno de los otros caminos.

Mira a Iván, que se acerca a ella, sabiendo que lo ha conocido innumerables veces y que innumerables veces, a pesar de sus reservas, se ha enamorado de él. Sabiendo que todas las versiones de su vida que no lo incluyen son terriblemente pobres. Forzada a admitir que la idea de renunciar a él le molesta más que la de arriesgarse a la disolución o al olvido.

Mira a Iván, que se acerca a ella, y lo percibe como un abismo insondable del que no sabe nada. Sin embargo, estira los labios en una trémula sonrisa y, deseando creer que hay una oportunidad, una pequeña oportunidad de abandonar este ciclo de repeticiones, por primera vez toma la mano que él le tiende, da un paso y luego otro, hasta que finalmente, siguiéndolo, entra en las sombras.

Laura Ponce nació en Buenos Aires, Argentina, en 1972. Lee y escribe literatura fantástica desde su adolescencia. En el 2005 se unió a la lista de correo del Grupo Axxón y posteriormente a PórticoCF. Participó en los talleres on-line "Taller 7" y "Forjadores" y ha colaborado con diferentes publicaciones electrónicas y de papel. Sus cuentos han aparecido en revistas y antologías de Argentina, Perú, Cuba y España. Su cuento "La tormenta" fue incluido en la antología ALUCINADAS – Ciencia Ficción escrita por Mujeres (Palabaristas 2014, Sportula 2015, Ayarmanot 2016, próximamente publicada en inglés como Spanish Women of Wonder). Formó parte del equipo de dirección editorial de Revista Axxón, y actualmente dirige Revista Próxima y Ediciones Ayarmanot. En 2015, Ediciones Outsider publicó su primer libro de cuentos: *Cosmografía general*, que ahora puede conseguirse en papel y también para descarga gratuita.

Ha publicado en Axxón sus cuentos ROMPIENDO EL SILENCIO, EN EL BORDE DEL MUNDO, LA LEALTAD, BAJO UN CIELO ESTRELLADO, AVATAR y PRESAGIOS, además de tres historias en Urbys.

Este cuento se vincula temáticamente con MENSAJE EN EL VIENTO, de Claudio Biondino.

Strass de estrellas

Álvaro Morales

 **URUGUAY**



Ilustración: Tut

Ingresé en el shopping a las tres. La senda central de la puerta de Avenida Italia no transporta al holocorredor de cosméticos, por lo que me desvié y tomé la escalera mecánica que comienza hacia la derecha. Luego volví a conectar con la senda que desciende y fui bajando niveles mientras desactivaba mis receptores de retina con cierta dificultad. Ya no soy buena recordando los nombres de las cosas, ya sabes por lo que he pasado, y espero que disculpes tanto la falta de referencias exactas como por otro lado la insistente descripción de cómo dar con ellas.

Tenía la idea de comprar un pequeño *necesaire* de jewelinas que sabía que promocionaban desde hacía un buen tiempo en la penúltima tienda y cuya referencia me había entrado en la sien derecha durante la tarde del domingo, en el correr de la teletienda de canal 12. Había pensado en conservar el labial número 5, o el 3, y el resto de la delicada cajita guardarla para regalarla en algún cumpleaños. Hoy en día, creo que como siempre, no

es bueno aceptar cosas lujosas a través de las tiendas virtuales o de los oleotransmisores. Sobre todo de parte de los más refinados, esos que se pasan todo el día contactándote para venderte algo casi siempre innecesario. Bordox de hormonas para combatir la calvicie en un gel iridiscente, como si a algún hombre le interesara hoy en día algo relacionado con el pelo. Alsacia: siete días en dos minutos, como si todavía intrigara una virtualidad que no esté relacionada con otras estrellas. Chips de manuales de supervivencia para el inminente apocalipsis; de espiritualismo tibetano; de lo último que nadie se pone en París. Actualizaciones baratas; versiones paraguayas traídas de contrabando y que se venden por poco en la feria de Tristán Narvaja o en el mercado de techitos blancos del Obelisco, porque en realidad nadie las compra si no es para un regalo. Yo creo que buscan en alguna lista a las jubiladas como nosotras para atomizarnos con todas las promociones habidas y por haber, como si estuviéramos obsesionadas con esa frivolidad. Raúl se resistió toda la vida a los sistemas holográficos y virtuales; él nunca hubiera comprado algo a no ser en persona. Y no es que una no intente, y que la idea no permanezca intacta, sino que con el tiempo todo se vuelve costumbre, y es difícil no verse arrastrada por el último grito de la moda, la ciencia o la medicina, más aún si la memoria ha comenzado a fallar por el paso inexorable de los años. De cualquier forma, una joya debe comprarse en persona.

De modo que llegué al corredor de las holotiendas cosméticas. El final de la senda parece una cascada natural y sentí cierto vértigo. Durante un instante creí que podía llegar a caerme desde una altura impensada. Nadie se ha dado cuenta de esto. En lugar de poner el paisaje de un bosque o una playa serena, se les da por la reproducción de una catarata justo donde termina una senda. Yo no me considero anticuada, pero alguien que sí lo sea puede llegar a alarmarse y a confundirse. No todo el mundo se acostumbra a los campos relativos de virtualidad objetiva. Mucho menos a los de virtualidad subjetiva, de la cual desconozco alguna otra cosa más que el chisme de que los chiquilines, que se hacen los rebeldes mirándose entre ellos durante horas en la plaza como si fueran tarados, se intercambian los chips y sus actualizaciones a través de los puertos de conexiones pulgares de una forma por completo ilegal. Cuando alguno de estos muchachos es detenido por alguna cosa, las autoridades siempre comprueban que los chips han sido tan alterados que no se corresponden con nada que circule en el mercado. Y muchas veces, al tener que resetearlos, se pierde información que podía haber significado algo para alguien. Es triste ver cómo se degeneran esos muchachos. Sé del nieto de Irma, que fue detenido por incendiar sus libros de curso frente a su parentela. Dicen que había pasado sesenta días de

corrido conectado. He escuchado de otros que se arrancan las visuopantallas y que luego apenas ven, o que rechazan los sensores telemétricos y luego no saben cómo sentir nada. Se corre un rumor hace tiempo de un grupo que ha alcanzado el absurdo extremo de carecer de chip. No de tener uno en blanco o alterado, sino de no tenerlo. Como si fueran los salvajes en Groenlandia. Esto por supuesto no responde a una situación socioeconómica, al fin y al cabo hace décadas que los chips y los receptores se han implementado, lo hace a una ideología, a un derivado asombroso del nihilismo robótico que a su vez fue un subproducto del nihilismo filosófico de hace medio siglo, a comienzos del milenio. Al fin y al cabo yo no sé si no son los padres los responsables de que la juventud esté tan perdida.

El frente de la tienda brilla en un intenso tono azulado. Hace tiempo me han explicado que es incorrecto expresarse en términos de frente y fondo, arriba y abajo cuando uno habla de un espacio holográfico-virtual. Más correcto es referirse a los niveles, subsecciones y yo qué sé. Así, el frente brillaba en azul.

Pero antes de irme de tema otra vez te voy a contar la razón de este telemensaje, el meollo del asunto. Porque no te mando este mensaje para contarte sobre mi tarde de shopping, aunque parezca que eso estoy haciendo.

Cuando estaba a punto de entrar a la tienda me frené en seco. Fue una especie de presentimiento. No un telemensaje perdido, o un doble-spam, sino un auténtico presentimiento. Esa sensación que teníamos cuando éramos chicas y sabíamos que en el otro canal había empezado algo que queríamos ver, o que alguien estaba por llamar al celu. La tienda es bastante nueva. Está atendida por cuatro muchachos atléticos, que por supuesto no son muchachos reales; como mucho tal vez uno de ellos, el que oficia de encargado, sea un autobot pasado de moda. Me asomé y miré desconfiada. Entonces adentro vi a Delia, la hija de Albertito, aquél hombre tan bueno que se pegó un tiro. Y no estaba sola. Me pareció fantástico verla acompañada, ya sabes las dificultades que ha atravesado en su matrimonio. Pero sentí un asombro profundo cuando di dos pasos al frente, su compañía se asomó desde detrás de un escaparate, y al final pude verla. Era Natalia, Natalia Zelmann. Giré sobre mí misma y caminé nerviosa hasta el final del corredor. Me hice la distraída mirando un escaparate con cremas biogenéticas. No lograba analizar lo que había visto. ¿Cómo era posible que Delia, la misma que creció con nosotras desde que éramos niños, caminara junto a esa mujer tan infame? Hace un año casi se matan, y ahora se hacen comentarios hilarantes al oído mientras escarban en los muestrarios de

gemas imitación de diamante de Ceres. No podía ser. Pensé que me había equivocado, que debía tratarse de alguien muy parecido, que ya estoy vieja y que no sólo a veces no recuerdo sino que me fallan las actualizaciones, que me han estafado con eso de "larga vida", y que eso es culpa mía por confiar en repuestos chinos de segunda mano. En resumen, que es más probable que me equivoque en cualquier forma imaginable a que esa sea Natalia Zelmann.

Regresé hacia el frente, sector 1, de la tienda. Pensé que en otros lugares personalizan las presentaciones, pero que aquí se opta por ese monocorde azul brillante. También que había hecho bien en apagar mis receptores visuales, de otra forma me hubieran enloquecido desde el momento en que había entrado en el shopping con las propagandas y promociones personalizadas. Siempre me aburrieron esos hologramas de muchachos de piel cetrina, como si fueran selenitas o habitantes de la India, intentando venderme algo. Me sentí un tanto contrariada. Pero ahí estaba, mirando a Natalia Zelmann que le mostraba a Delia un collar con pequeñas piedras violetas que se suponía provenían del asteroide Eros; traídas por esa máquina minera que liberaron hace diez años al espacio y que ha evolucionado por sí misma y que ahora cada vez cobra más caro. Delia le sonreía y afirmaba con un movimiento de la cabeza. Natalia dejó la joya en el muestrario, pero antes la tocó con el pulgar. Su dedo se iluminó de un delicado tono rosado. Lo había comprado. Debería armar de nuevo la frase para que entiendas mi asombro. Delia le compraba un diamante de Eros a la muy atorranta de Natalia Zelmann. Yo, desde que se han encrudecido mis achaques, cuento con la actualización médica original en forma permanente en mi visuopantalla. Si no confiara en estos datos, hubiera dudado en ese momento de la precisión de mis percepciones. Pero podía comprobar los datos. Nada de eso estaba ocurriendo. Todo lo que veía era real desde una perspectiva estadística.

Me sentí intrigada, como lo estarás tú a estas alturas, Me pregunté qué podía hacer, cómo actuar en una situación como esa. Pensé: ¿Qué haría si aún fuera Raúl? ¿Cómo llegar hasta el inusual dúo y averiguar las razones de tal asociación? Podría pagarle a una persona para que preguntara de forma distraída. Claro, si es que alguien más que una vieja conservadora y anticuada estuviera dispuesta a caminar los treinta o cincuenta metros hasta una senda y después los diez o quince hasta una tienda desierta atendida por robots holográficos. Miré a lo largo del corredor, y el borde que se veía de los niveles superiores e inferiores: nada se movía que no fuera el tintineo de las luces de algún escaparate. Recordé que apenas me había cruzado con el autobot que oficiaba de recepcionista, cuya función seguro era inútil y que

mantenían por alguna sentimental costumbre de un humano implicado. Entonces se me ocurrió una idea, una iluminación genial digna de Raúl mismo. Reconozco que, en ocasiones, pensar en masculino resuelve ciertos inconvenientes. Allí debajo, en el subnivel 3, las luces rojas y azules parpadeantes anunciaban la presencia de la mejor tienda de autobots de todo Montevideo. Y si bien mi intención no era adquirir una de esas tostadoras, y creo que aunque quisiera no podría por un acuerdo de exclusividad con la aseguradora, bien podría alquilarla por una o dos horas. Me habían quedado seis cómputos libres de la promoción de actualización anual obligatoria de oleotransmisores hipofísicos, de modo que podría no gastar ni un céntimo extra.

El autobot abrió los ojos.

—Buenos días, señora. Mi nombre es…

—Tu nombre es Lucía Ergwood.

—¿Lucía Ergwood? ¿Cómo la actriz robótica?

—Sí… Poco importa. Debes por unos minutos simular que eres humana.

—Debo decirle que esta identidad podrá advertir sobre mi naturaleza robótica.

Lo pensé.

—Entonces, Lucía… Gómez.

—Gómez. ¿Debo hablar con acento europeo o…?

—No. Lucía a secas. Eso sólo. Si se da que necesita decir un apellido, improvise.

—Perfecto.

Le di las instrucciones en forma detallada. Siempre recuerdo las lecciones que me daba mi nieto mayor cuando venía a verme. Él decía que las actividades automatizadas debían programarse paso a paso, y que un autobot al fin y al cabo sólo era una máquina estúpida. Era lo mismo programar uno que describirle las tareas automatizadas a los sistemas mecánicos de la casa, como hace un siglo programar un lavarropas. Paso a paso le dije lo que debía hacer. Temí en un momento no poder recordar las primeras instrucciones de tener que repetírselas, pero esto no ocurrió. Lucía se despidió de mí en el subnivel 2. Seguimos caminos separados pero convergentes.

Vi como ingresaba en la tienda desde encima de la senda del pasillo holográfico. No me quise arriesgar en la entrada de la tienda por lo que crucé el descanso central, ascendí un nivel en una escalera mecánica y me

situé justo enfrente; desde donde con un pequeño aumento en mi visuopantalla que no llegaría a costarme un crédito tendría una excelente panorámica. Lucía se dirigió de inmediato al muestrario de joyas espaciales. Tenía instrucciones de disimular, pero también de actuar con celeridad. Todos los sensores automáticos dentro de la tienda ya estaban al tanto de su condición robótica, e interpretarían que el humano dueño debía estar cerca. Pero esto no duraría por siempre. En pocos minutos, con seguridad cuando el encargado autobot se desocupara, interceptaría a Lucía y le preguntaría por sus asignaciones. Estas no estaban a la vista en la pantalla del robot, por lo que el funcionario intentaría en primer lugar una conexión electrónica. Cuando no consiguiera nada con esto tendría que comunicarse en forma verbal, lo cual ya era casi un escándalo entre artificiales. Lucía no podía mentir, por lo que la estratagema no duraría mucho. De todas formas le había dicho que de llegar a este extremo saliera de la tienda y se encontrara conmigo en el nivel intermedio. Prefería hacerme la desvariada y tener que darles explicaciones a las autoridades, que a Delia y a Natalia Zelmann juntas. Se fue acercando poco a poco y en un instante ya estaba hablando con Natalia. Debía decirle: Que increíble cómo nos estafan con estos diamantes imitación que dicen que traen desde el espacio. La otra le respondería que sí, que es un atropello, pero que los auténticos son inaccesibles. En ese momento Delia se vuelve la mejor cómplice, girando sobre sí misma y enfrentándose al encargado. ¿Por qué es que paga todo Delia? ¿Será que la otra la está chantajeando? ¿La ha amenazado que finja, que se haga la contenta, que actúe como si fueran amigas de toda la vida? En ese momento Lucía pregunta, lo veo perfecto en el movimiento de sus labios: ¿Ustedes son amigas? Natalia se explaya, hace gestos mientras habla de espaldas a la entrada. Lucía afirma con la cabeza. El encargado sonríe a Delia pero mira con insistencia a Lucía. Seguro ya la ha interrogado en forma electrónica y la mira pues no entiende la nula respuesta. Delia vuelve a girar, su compañera le habla y ella le estrecha la mano a Lucía. El encargado comienza a caminar para darle la vuelta al mostrador. Lucía saluda con cortesía y sale de la tienda.

Me apresuré a través del corredor y tomé la escalera mecánica que comunica los niveles. Vi cómo Lucía llegaba al corredor intermedio. Pensé que no habían pasado ni quince minutos, y que podría conseguir un descuento por devolverla antes de la hora. La interrogué con rapidez y entonces, en un instante entendí todo. Te pido prestes especial atención a la siguiente explicación. Si te ha costado seguirme, o si a estas alturas no entiendes de dónde viene mi peripecia ni a dónde va, atiende sólo al siguiente párrafo; el que te enviaré como telemensaje apenas termine de

redactarlo, pues quiero que conste por escrito, así podrás repasarlo en tu visuopantalla todas las veces que pienses necesario.

La compañera de Delia creía en efecto ser Natalia Zelmann. La misma que fue la secretaria del marido de Delia durante doce años. Hasta que los encontró juntos en un hotelucho de mala muerte y casi los mata a ambos. Esa mujer había estado a punto de arruinarle el matrimonio y por eso, más que nada, era que no entendía cómo ahora esas dos mujeres parecían tan vinculadas. La confirmación de su identidad por parte de Lucía no hizo en el momento más que avivar cualquier disparatada teoría conspirativa que me pudiera imaginar. Me lamenté en no haber podido descubrir lo que se me presentaba como un verdadero enigma. ¿Qué hace que una persona adulta, resuelva sus más insoportables diferencias con otra que es la personificación de sus más temidas pesadillas? ¿Sería que a Delia le habían lavado la cabeza en algún centro religioso? ¿Sería una víctima más de la estupidizada moda cíclica de la paz y el amor? Con todo este barullo en la cabeza nos fuimos dirigiendo hacia la tienda de autobots. Yo repetía en voz alta: No entiendo, no entiendo, no entiendo. Entonces, a último momento, cuando iba a entrar en la tienda, Lucía me detuvo y me dijo:

—Creo entender algo de lo que usted no.

Supongo que la miré con gesto de poco, pues estaba casi mareada de tanto pensamiento.

Lucía continuó.

—En muchas ocasiones, más de las que usted quisiera admitir, las personas alquilan autobots para tareas impensadas en parámetros humanos. Temo que esta sea una de esas ocasiones.

—Continúa —le di aliento.

—Apenas usted terminó de darme mis instrucciones yo creí deducirlo. Pero luego, cuando ingresé en el establecimiento pude comprobarlo.

—¿Qué cosa? —pregunté ansiosa.

—La acompañante de su amiga no es una persona real, es un autobot; una como yo. ¿Entiende? Un robot de alquiler, y ni siquiera uno de los mejores o más actualizados. Tan sólo un robot que ya conoce demasiado lo que es ser alquilado para representar a alguien más y que ha aprendido muy bien cómo hacerlo.

—No entiendo.

—Parece obvio —agregó y se puso en marcha hacia el interior de la tienda —. Le sorprendería descubrir cuán poco los seres humanos se comportan de forma lógica como los robots. Eso los vuelve impredecibles. Es una de las

razones de que ya no fabriquen analistas robóticos.

Dejé que se marchara y me dirigí hacia la escalera mecánica, tan distraída que olvidé reclamar el descuento por haberla tenido menos de una hora.

Al llegar a la puerta de entrada, con el aire de mar dándome en el rostro, reflexioné: ¿Qué oscuros sentimientos movilizan el alma humana? ¿Sería posible que una buena mujer como Delia se haya valido de una sutil forma de venganza, ofreciéndole al destinatario de su desdén una constante pero asexuada fuente de tentación? ¿Sería este tormento suficiente para Delia y su orgullo herido?

Decidí no darle más vueltas al asunto. Desde hace medio siglo, cuando éramos dos apuestos muchachos con mucho tiempo para perder en lo que fuera, que no escuchaba un suceso tan disparatado.

Miro la playa enrojecida que ha dejado la inundación donde antes estaba la avenida y pienso en mi padre. ¿No tenía razón ya él cuando decía que el mundo entero se había vuelto loco?

Álvaro Germán Morales Collazo nació en Uruguay a fines de los 70 y es licenciado en Psicología. Relatos de su autoría han sido seleccionados en alrededor de treinta publicaciones, entre ellas: Alcublas 2013; Ruido Blanco 3 (2014); Ruido Blanco 4 (2015); Convocatoria Emergencias Kodama Cartonera, Tijuana, México; Escritores Acrónimos; Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro.

Ha publicado en Axxón el microcuento 5100 y el cuento REGRESO A ALBA.

Este cuento se vincula temáticamente con SHOPPING INFINITO, de Guillermo Vidal.

La novia de Lugosi

Andrea Arismendi Miraballes

 **URUGUAY**



Ilustración: Tut

Todos recordamos algo de la infancia de manera persistente. Yo rememoro poco, pero constantemente me acompañan algunas imágenes dispersas. Tal vez así se va configurando la personalidad, he oído. No lo sé muy bien, pero cuando intento trazar mi vida en una línea de tiempo hay algo que se repite en esa extensión, algo de lo que soy, algo que no puedo dejar de ser. Tal vez me confiese ahora o, seguramente, ya no valga el esfuerzo. Tal vez muchos sonrían y vean que somos allá abajo, muy abajo, iguales. Mi padre era dibujante. Su talento eran los retratos. Poseía una memoria casi sobrenatural para recordar rostros y luego reproducirlos con gran detalle. Cada noche me leía historias, a veces capítulos de novelas (recuerdo la tortura de *Los hijos del capitán Grant* de Julio Verne), a veces cuentos, pero mi momento esperado era cuando se cerraba ese encuentro diario y nocturno con un retrato de Bela Lugosi. ¿Suena raro? Era un retrato hablado; cuando el lápiz trazaba las líneas, las ojeras, el ceño, las oblicuas variedades del terror, yo escuchaba el ir y venir del carbón o del grafito mientras él articulaba

singulares historias a la vez. Amaba a Lugosi como una novia fiel. Las paredes de mi cuarto de niña estaban totalmente cubiertas por esos dibujos y algunos recortes de diarios. No había, lo recuerdo, blondos cantantes o actores anglosajones y yo podía pasar horas mirando sus ojos, su boca, fabulando sus misterios. Lugosi era la voz de mi mente, era mis propios gestos, mis tics, mis silencios.

Tenía cinco años la primera vez que lo hice. Eso sí lo sé bien porque recuerdo la vergüenza discreta de mi ida al médico cuando le dije a éste mi edad y mi padre repitió "Cinco años, recién cumplidos". ¿Cuál es la diferencia entre tener cinco años recién cumplidos, cumplidos hace seis meses o a punto de seis? No lo sé, pero me avergoncé de tener casi cuatro, y no cinco definitivos, por eso me retraje al habitual silencio y ya no hablé más ni escuché. Ese es uno de los breves recuerdos. Otro que me asigno como determinante, el que motivó la ida a la mutualista, es mi amor incondicional a los animales. Mi mamá adoraba a los gatos y éstos se reproducían con libertad en el amplio y salvaje jardín de la casa. También morían allí, cada vez con más frecuencia. Hay nacimientos en estaciones incorrectas y creo que los efectos de las frías noches otoñales y de las tormentas se llevaban (o yo lo quiero recordar así) a los pobres y diminutos gatitos que tenían el desacierto de venir al mundo en esos tiempos errados. Hubo uno, uno especial, del que me enamoré perdidamente y al que le faltaba la pata delantera izquierda. Lo oculté durante muchos días en mi habitación, lejos de la mirada de mis padres, intentando alimentarlo por mis propios medios, pero fallé en eso. Ese animal debía estar con su madre y no conmigo, que desconocía cómo podía mantenerlo vivo. Yo creí que el hecho de tenerlo abrigado en una cajita de zapatos era suficiente. Fue ese el primero que enterré en una zona privada, húmeda y de difícil acceso del jardín. Había en casa viejas latas con tapa de plástico que poseían un aroma peculiar. Tal vez habían sido de algún medicamento, no lo sé, pero en una pieza abandonada y repleta de bultos inservibles se conservaban a la espera de alguna nueva utilidad. Supongo que yo se la di. Ese fue el ataúd de mi pequeño y deforme gato, el primero que tuvo un nombre impuesto por mí. Lo envolví en gasas y lo coloqué delicadamente en su pequeñísima tumba. Lloré durante tres o cuatro días sin querer despedirme de su recuerdo.

Unos días más tarde celebramos con mi padre el aniversario de Lugosi con un retrato al óleo muy colorido. Por la noche, en mi mente, se reveló algo, una idea, una abstracción, un mensaje… Algo así. Fue un momento de absoluta certeza acerca del futuro y me vi a mí misma tal como soy ahora, como lo que iba a ser o quería ser. Al otro día, muy temprano desenterré de su tumba al gato. Abrí la lata y el aroma se adueñó del entorno. Al principio

intentaba no ver el contenido directamente y recuerdo las hojas enormes de un gomero y la penumbra bajo él. Pero era un aroma dulce; un aroma intenso, tan dulce que me hirió y ya no pude quitar mis sentidos de él. Volvía a tapar y destapar la lata, una y otra vez, durante horas, queriendo abarcar la belleza inexplicable de ese olor tan nuevo. Mientras aspiraba mi mente se dispersaba infinita; el mundo cobraba nuevos colores, nuevas posibilidades. El médico, tímidamente, sugirió que debía ser tratada por un especialista con mayor conocimiento de la psiquis infantil.

¿Quieren recuerdos de la infancia? Ese se repite, como una encrucijada. Supe en ese momento que había perdido la oportunidad de tener otros, como el que comete un delito y sabe que su vida estará marcada indudablemente por la certidumbre de la culpa por el acto cometido.

Los gatitos comenzaron a menguar. ¿Confieso algo más?

Comencé a enterrarlos vivos, sí, hasta que ese juego me cansó. Porque algunos se movían lánguidamente al transcurrir uno o dos días y ya no volvía a abrir las latas, pensando en que posiblemente me liberaría de imágenes tan crueles si solo los olvidaba. No puedo. Nunca pude. Siempre desde entonces he sido bondadosa con los animales. Pero mientras en las noches contemplaba los retratos en las paredes, sus pequeñísimos gestos de supervivencia me acosaban y ya no dormía. Los ojos del vampiro me dejaban desolada y contemplativa. A veces aún no duermo pensando en ellos.

Desarrollé tempranamente un intrépido interés por la anatomía humana estudiando los libros de medicina de mi madre en donde había fotografías de cortes transversales y longitudinales sobre cuerpos humanos, cuerpos a los que sabía muertos y ya casi ficticios en esas imágenes pero que adquirían el aroma acaramelado de la muerte ante mis ojos. También sé, ahora, que muchos se regocijan con las noticias infames de crímenes sangrientos u observan los restos de los accidentes de tránsito como a una cosa, como a un objeto de interés colectivo, mientras comentan los horrores del caso. Yo no soy así. Una vez, solamente una vez, me bajé de un ómnibus para ver a un caballo padeciendo el dolor de los últimos momentos de violencia luego de que un auto lo hubiese chocado. Fue en el Prado, en Millán y Cisplatina, y ya pasaron muchos años.

Hubo algún momento, cerca de los trece años, en que para intentar resolver mis problemas evidentes de socialización, mis padres, siempre prudentes, decidieron mudarse a un lugar tranquilo en el interior. Un pueblo. Hice con esfuerzo uno o dos amigos. Viví cercana a una dicha social que se denomina “normalidad”; nadie parecía sospechar mi pasado. Mi casa,

antigua y gigante, quedaba casi sobre una ruta. Ahí he habitado hasta el presente, unos veinte años, recolectando animalitos muertos por el constante transitar de vehículos. Los he diseccionado en el fondo de la casa, en una pieza que me ha servido de laboratorio y donde nadie más que yo ha entrado. Debo aclarar que también, en muchas ocasiones, he hurtado a mis padres los animales que esperaban ser cocinados. Una vez incluso al abrir la heladera encontré, con regocijo y sorpresa, una cabeza de cordero sin pellejo que me miraba casi tan estupefacta como yo a él. Secuestré el objeto sanguinolento, pero mi padre me detuvo en el camino al fondo y me quitó el extraño cráneo, con la condición de que me dejaría ver su interior y examinar los ojos mientras él cocinaba lo que serviría de cena. Ya sé que es raro, pero hay otro en esta cadena, otro que mató y descuartizó a ese ser antes que yo. Yo no soy rara.

No.

El tiempo ha pasado sin tregua. Me voy quedando sola. Cada mañana salgo a trabajar y camino por el borde de la ruta hasta el pueblo. No es nada, nada. No vale nada. Desearía que la vida, que el camino, que el puente que cruzo cada día se borraran del mapa más de lo que ya están. Que desaparecieran bajo un fuego inextinguible o una inundación. No ocurre. Cada día simulo, como aprendí hace tanto, amabilidad y atención ante las voces, interés por sus sueños, sus logros, sus detalles insípidos, sus vidas felices. Pero en ese momento solitario en que camino jamás levanto mi mirada. Mis ojos están bien fijos en la ruta, dispuestos, por si algún tesoro de aquellos que quiero aparece.

Ayer iba en mi oficio. A lo lejos vi a la hija del cartero que corría del lado contrario de la ruta por la que yo caminaba. Antigua compañera de curso, una vez quemó mi paraguas con un cigarrillo cuando me acerqué a ella y a sus amigas luego del turno liceal intentando charlar en la calle. A veces coincidimos en horarios y mientras ejercita su delicado cuerpo en eso que ella llama *fitness* yo, en cambio, voy encorvada a mi destino de infeliz secretaria de escribano. La miré una o dos veces como sin querer hacerlo, pero continué en mi rutina minuciosa de observar el suelo, evitando saludarla. No me gusta saludar. No me gusta esto de fingir simpatía más de lo necesario u obligatorio. Nos cruzamos y me gritó; gritó mi nombre y agitó su mano. Bajé la vista otra vez. Miré el río veloz bajo el puente.

También oí el bramido molesto de un camión acercándose y la tierra agitándose a su alrededor… Que no crea que voy a detenerme a charlar. ¿De qué voy a hablar? ¿De Lugosi? ¿Para que se ría otra vez?

No.

Los frenos sonaron agudos. Un hombre bajó de un camión y con un alarido se fue cruzando la carretera enloquecido rumbo al río. Había una joven con los ojos clavados en el vehículo, al otro lado de la ruta. El corazón casi se le detuvo con la sorpresa y siguió latiendo desordenadamente por unos segundos. Echó una mirada lenta a izquierda y luego a derecha, entrecerrando los ojos, buscando algo a la distancia. Vaciló un momento antes de cruzar. Miraba dubitativa bajo las ruedas. Mientras se acercaba muy lentamente, observó otra vez hacia un lado, hacia el otro; el corazón le estallaba.

Hay objetos de colección que no se pueden desatender; hay objetos que nos recuerdan la infancia, la felicidad amena de los primeros años.

Andrea Arismendi Miraballes nació el 5 de diciembre de 1975, en Montevideo, Uruguay. Docente de Literatura, ha cursado estudios de especialización en el área de Letras Latinoamericanas y Teoría e historia del Teatro. Publicó en el año 2016 un libro de poesía titulado *Detalle de los bosques*. Este cuento integra un libro inédito, *Cuando eso acecha*, cuyas narraciones giran en torno al terror, tanto sobrenatural como realista.

Este es su primer cuento en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con EL BOSQUE QUE CRECE POR LAS NOCHES, de Pablo Dobrinin y VOLAR, de Cristian Gabriel Nuñez.

Último adiós en Dulce Ofelia

Rafael Marín Trechera

 ESPAÑA

Vivimos tiempos desquiciados. Perra suerte,
haber nacido yo para enmendarlos.

W.S. *Hamlet*, más o menos.



Ilustración: Pedro Belushi

La sacudida hizo que la nariz volviera a sangrarme por tercera vez en menos de una hora. Mientras trataba de retener la hemorragia y echaba mano al pañuelo, alcé la mirada al cielo. No ví nada, por supuesto. Es la desventaja de librar una guerra con metralla invisible. Las prestaciones del máser no incluyen un amplio espectro de colorines para que te distraigas con ellos mientras te mueres. Supongo que en el fondo debe ser como recibir una puñalada si eres ciego. Pero los estertores eran cada vez más violentos, y todos en Dulce Ofelia sabíamos que la colonia no sería capaz de aguantar el ataque otras cuarenta y nueve horas más, apenas un día estándar. A mi alrededor el mundo se había vuelto completamente loco. Y yo tenía que resolver un último caso antes de que la humanidad se fuera de este mundo derechita al infierno.

No lo hacía por altruismo, eso es seguro. Necesitaba dinero, y de inmediato.

Un detective como yo apenas vive con lo puesto, y para mi desgracia siempre he tenido vicios caros. El ataque de los invasores no había sido una sorpresa. Lo que nos llenó a todos de indignación fue que el ejército decidiera batirse en retirada y renunciar al territorio. Demonios, ni siquiera tuvieron el detalle de preguntar nuestra opinión primero. Cuando se hizo evidente que Dulce Ofelia iba a caer en manos de los revolucionarios, todo el mundo se echó a la calle en busca de un medio de largarse con la música a otra parte. Todo el mundo menos yo. Sabía que sin billetes por delante lo único que iba a conseguir era perder el tiempo.

Por eso, cuando aquel tipo desesperado apareció en el cuchitril que siempre hago pasar por oficina me hice a la idea de que se me había abierto el cielo. Y no me refiero a la cúpula cada vez más agrietada por las andanadas de los rayos máser.

Si tengo que ser sincero, ni siquiera recuerdo cómo entró en materia, ni si se le veía apurado, nervioso, abotargado o si tenía aspecto de verdadero gilipollas. Yo estaba tan deslumbrado ante la posibilidad de echarle el guante a un par de pavos que pasé por alto todos los gemidos, los lloriqueos y la ceniza que me estaba poniendo perdida la mesa del despacho. Odio el tabaco, ¿saben? Llevo nueve años sin probarlo y aborrezco todo cuanto tiene relación con el humo. Manías de converso.

Me pareció un pobre patán. Desde luego, el caso que me presentó era patético, vulgar como una uña sucia: Su mujer le había abandonado hacía semanas. Al parecer, las descargas del máser le habían hecho circular un poco la sangre entre los cuernos y justo ahora el amigo quería recuperarla, perdonarla, hacerla regresar a casa y empezar en otro sitio una segunda parte con banda sonora incorporada y final feliz. Supongo que la mujer le hacía falta para que le echara una mano en la mudanza: Los hombres solemos ser unos manazas a la hora de preparar el equipaje.

El amor es ciego, ¿no? Si el pobre diablo creía que ahora que Dulce Ofelia se hundía en mierda su mujer volvería al redil, tanto mejor para él. Se lo dije muy claro: Tal vez hubiera encontrado pasaje en alguna de las miles de naves que escapaban del planeta con el rabo entre las piernas. Tal vez ni ante la perspectiva de tener que servir de alivio rápido a dos docenas de sementales revolucionarios quisiera regresar con el hombrecito de su casa, ese que le manchaba las camisas y le rechazaba los platos de sopa y se quejaba de la falta de sal en los almuerzos. Tal vez no me diera tiempo de encontrar a su Dulcinea en medio del manicomio en que se había convertido la colonia. Sinceramente, no me apetecía nada que los invasores me cortaran las pelotas mientras yo iba dando tumbos con el holograma de una desconocida en el bolsillo.

Cuando conseguí que triplicara mi tarifa habitual (podíamos considerar que estaba haciendo horas extra a pesar de que el tiempo nos corría a la contra, ¿no?), lo dejé con la nariz sangrando y me puse a patear las aceras. No es que le descargara un puñetazo al pobre infeliz, no. Los efectos del máser, ¿recuerdan? Entre la ceniza y la sangre, había acabado por ponerme perdida la alfombra. Dada la situación, consideré un feo por mi parte cobrarle el precio de la tintorería en la factura. Todos podemos tener una mala tarde.

Lo que un detective como yo tiene son sus contactos para cortar camino, sus fulanas para desahogarse un rato y dárselas de buen samaritano, sus polis latosos con los que hacerse mutuamente la vida imposible y sus hampones para partirse la cara de vez en cuando. No es que me la hayan roto demasiadas veces, pero en alguna que otra ocasión he recibido más que dado. Los hampones estaban haciendo su agosto vendiendo a puñados pasajes en naves que no eran más que montones de latas vacías y papel maché con una capa de purpurina. Los polis latosos hacía ya días que habían desistido de intentar reducir los disturbios callejeros y se habían quitado de en medio usando todo aquello capaz de volar y llevarlos a la estación orbital más segura. Las fulanas tenían la boca llena, ofreciendo su consuelo de última hora a los desgraciados conscientes de que jamás iban a poder escapar de este condenado planeta. Son los curas de nuestro tiempo, pero en especias. Si no encontraba a mi bella desaparecida, dentro de menos de un día yo también tendría que buscar un agujerito donde esconder la parte más vergonzosa de mi persona.

Sin hampones, sin polis, sin fulanas, no me quedaba más remedio que recurrir a mis contactos. Quién hubiera dicho que para la miseria que les pago iban a poder largarse de Dulce Ofelia antes que yo, ¿eh? Pero así de feas estaban las cosas. Ninguno de mis colaboradores habituales podía tener más pasta que yo, era imposible. O habían asaltado la banca de alguno de los casinos o el máser tenía alguna otra propiedad aparte de hincharme las narices. El caso es que no vi a ninguno por ninguna parte.

Afortunadamente, cuando ya desesperaba de encontrar a nadie, me topé de bruces con Weirdo Willie. Su olor es inconfundible, y para mí fue una suerte que sufra una de esas enfermedades de laboratorio, creo que es lepra V o sida XXIII, que hacen que se desparrame en una atmósfera artificial y contagie a todo el mundo en menos de lo que se tarda en decir vade retro. Con semejante pedigrí, Weirdo Willie no había encontrado pasaje en ninguna nave, ni siquiera en las de chatarra con las que timaban a los incautos mis viejos conocidos. Tampoco parecía molestarle demasiado. Weirdo Willie está un poco tarado, y sabía que sus habilidades serían útiles al ejército revolucionario cuando por fin cayera la barrera que nos mantenía

a todos histéricos y de momento a salvo. Cosa que sucedería dentro de, exactamente, cuarenta y una horas y catorce minutos (sé que es una tontería contar también los segundos).

Las habilidades de Willie son muchas, pero la que me interesaba era una sola. ¿Saben ustedes lo que es memoria fotográfica? Entonces pueden formarse una vaga idea de lo que es capaz de hacer mi amigo. Le enseñé el holograma, él puso los ojos en blanco, arrugó un poquito los labios, como si fuera a decir «uh», y me contó dónde había visto por última vez a la bella de mis sueños. Aparte de que Dulce Ofelia no es una colonia excesivamente grande (cincuenta mil almas, la mía excluída), Weirdo Willie se pasa la vida deambulando por las calles, archivando rostros. Viene a ser más o menos una versión cuántica de la típica portera chismosa. ¿Quién puede reprochárselo? Weirdo Willie no tiene otra cosa que hacer en todo el día, excepto desintegrarse a trozos una vez cada seis meses. Ninguna medicina ha podido detener su deterioro, aunque el hijo de mala madre aguanta más que el almirante Nelson, ese que se murió en Trafalgar porque ya no le quedaban más partes del cuerpo por perder. Siempre imagino a ese hombre como una especie de monstruo de Frankenstein de la marina real. No me hagan demasiado caso.

Un soplo de Weirdo Willie, babas aparte, es siempre un soplo de calidad. Fui a la dirección donde había visto a la costilla de mi cliente por última vez. No estaba allí. Me dijeron que la habían visto trabajando en un night club cuatro calles más abajo. Le deseé un buen día al informante (un funcionario japonés que estaba muy atareado preparándolo todo para hacerse el hara kiri), y volví a ponerme en marcha.

Tuve que romper un par de narices para conseguir entrar en el night club. Pertenecían a dos tipos enormes y con aspecto antipático (supuse que tampoco tendrían posibilidad de comprar pasaje a ningún precio), que se negaban en redondo a dejarme pasar sin pagar la entrada por más que yo les aseguraba que no tenía ninguna intención de hacerme donante de su banco privado de semen, pero con la ayuda de las descargas del máser hacerles un poquito más de sangre en la cara fue pan comido.

Estaba quitándome trozos de nariz ajena de los dedos, sofocado por el humo de medio millar de substancias diferentes y molesto porque no veía a más de un palmo, cuando localicé a mi bella. También le sangraba un

poquito la nariz, como a todo el mundo, aunque no pondría yo la mano en el fuego por la intervención del máser en todo aquello. Tenía ese tono vidrioso en los ojos que suele anunciar una dependencia no muy aconsejable del terminatol, pero como había poca luz no quise dármelas de moralista y esperé a que terminara su trabajo.

Con un hililllo rojo en las fosas nasales y otro blancuzco entre los labios, mi bella abrió todavía más los ojos cuando vio que me saltaba la cola de desesperados y pacientes parroquianos, pero mi pistola habló por sí sola, sin que fuera necesario conectar su voz artificial, pues últimamente, no sé por qué, me toca bastante los nervios.

—¿Bridget Vásquez? —le dije, mientras mantenía a raya a la tropa mostrando amablemente mis dientes falsos—. El nombre es Grendel. Me envía su marido.

Uno aprende a catalogar gentes y situaciones con una velocidad pasmosa. La mujer me miró con asombro y con un poco de asco (hacía varios días que no me afeitaba, tal vez fuera por eso), y antes de que abriera la boca supe que iba a ponerme verde. Calibré la situación en dos segundos. Ya se lo había dicho yo (sin demasiado énfasis, por supuesto), al atontado de su marido. La buena mujer no iba a estar dispuesta a volver a casa: Ni siquiera era Navidad. Y en aquel burdel de mala muerte parecía haber encontrado su perdida vocación de artista.

Uno aprende también que hay prioridades en esta vida. La mía, concretamente, es una de ellas. Se me acababa el tiempo, tarde o temprano también se acabarían los pasajes para escapar de este lugar (a la velocidad con que se movía la gente, nadie iba a esperar al último minuto), y enzarzarme en una discusión con la bella ofendida acabaría además con mi paciencia. Puestos a acabar por acabar, era mejor hacerlo pronto y por la tremenda.

No tengo un buen gancho de izquierda (doy mejor los uppercuts de derecha), pero tenía la mano de firmar ocupada con la pistola, y de todas formas la barbilla de Bridget Vásquez no era de adamantio ni nada por el estilo. La pobre puso los ojos en blanco, escupió un borbotón de saliva mezclada con esperma que me puso perdida la chaqueta y se desplomó en mis brazos como una muñeca hinchable a la que acaban de dispararle un dardo.

Los parroquianos protestaron porque les había dejado sin desahogo en lo que tal vez fueran (y sin tal vez, demonios: si tuvieran esperanza de largarse de aquí no estarían en ese sitio arriesgándose a contagiarse de media docena de variantes de gonorrea), sus últimos minutos de vida. El más vocinglero

demostró tener una hermosa voz de barítono. Lástima que desafinara un poco, pero ya quisiera yo haber visto a Carusso cantando Rigoletto con un tiro en la rodilla. Me cargué a la buena de Bridget al hombro y salí tal como había entrado por la puerta. Los dos matones debían de estar todavía buscando sus narices, porque no me molestaron.

Cogí un taxi. Es una suerte que existiera un servicio automático, porque el conductor humano debía estar a estas alturas camino de Factor Equis, o tal vez guardando cola en cualquiera de los muchos prostíbulos de esta zona. Le dí la dirección del marido de mi bella a la máquina, y ésta arrancó sin protestar ni hacer ningún comentario sobre el tiempo, las vibraciones periódicas que me habían convertido la nariz en una hamburguesa machacada o las barbaridades que harían los rebeldes cuando entraran en la ciudad y nos pasaran a todos a cuchillo. Las máquinas, claro, no tienen ningún problema político: Pase lo que pase, siempre les espera su puesto de trabajo.

A mí me esperaba Brandon Vásquez. Como suponía, con las maletas preparadas y el dinero listo. Me di cuenta de que estaba impaciente por largarse del planeta. No pude reprochárselo, pues a mí me pasaba lo mismo, aunque todavía no tenía la pasta para el pasaje, ni idea de dónde encontrarlo con la seguridad de que no fueran a timarme.

Tendí a la mujer en un diván, y él me mostró su agradecimiento estrechándome la mano. Yo habría preferido el fajo de billetes por el que me había manchado la chaqueta, pero él se demoraba. Miré el reloj. Treinta y nueve horas veinte minutos.

Una nueva sacudida imperceptible. Nuestras narices sangraron. Me encogí de hombros. Uno acaba por acostumbrarse a todo. Bridget se agitó en su sueño, tosió para no atragantarse con su propia sangre y abrió los ojos. Vio a su marido y empezó a proferir una sarta de insultos que me habrían puesto colorado si no los hubiera estado esperando (soy un tipo realmente previsor). Me pregunté si los habría aprendido en su nueva profesión o si aquella era la charla común en un matrimonio tan bien avenido como aquel.

Deduje (soy muy observador) que la mujer había abandonado al calzonazos de Vásquez después de la enésima pelea. Deduje que Vásquez se moría de ganas de recuperarla ahora que todavía tenía tiempo: Dentro de treinta y nueve horas dieciocho minutos sería ya imposible. Parafraseando a alguien, mañana no sería otro día. Deduje que él había perdonado y que ella, arrastrada en la marea de la vida, no lo había hecho. Deduje muchas cosas, pero también meto la pata de vez en cuando.

Me equivoqué, querido Watson. Brandon Vásquez dejó que su mujercita

del alma dijera un par de tonterías más. Entonces sacó una pistola y le metió un tiro entre las mismas piernas. La mujer se desplomó, las rodillas dobladas hacia adentro, como un caballo con demasiado peso. Se miró la mancha roja que le cubría todo el vientre y entonces un nuevo impacto en el pecho izquierdo le arrancó la mitad del torso. Otro disparo, esta vez en el pecho derecho, le voló el resto de la blusa y el pezón. Ya estaba muerta cuando la cuarta bala le abrió un tercer ojo en mitad de la frente.

Yo me había quedado de piedra. Por entre el reguero de humo asomó la nariz ensangrentada de Vásquez. Desenfundé la pistola y le apunté, por si acaso. El sonrió. Se guardó la pistola en el bolsillo y sacó un fajo enorme de billetes. Me los lanzó y los cogí al vuelo con la mano izquierda. Su sonrisa de tigre me daba miedo, y ni por un momento dejé de buscarle el quinto espacio intercostal con la boca de mi arma.

—Mi nave parte dentro de quince minutos, Grendel. No quisiera llegar tarde.

Cogió la maleta, el sombrero y una gabardina gastada y se marchó tranquilamente por la puerta. Sabía, mejor que yo, que no iba a mover un solo dedo por detenerle. Supongo que era el signo de los nuevos tiempos. Aquel hombre no era un mafioso, ni un traficante, ni siquiera un político. Era un tipo de lo más normal, jodido como cualquiera, anodino y zafio como el mecánico del taller de enfrente. Pero la ocasión la pintaban calva. La semilla del crimen no da en modo alguno frutos amargos y puede que la venganza sea un plato que se come frío, pero ya hace siglos que inventaron el microondas.

Era un crimen perfecto y yo su único testigo. Miré el cadáver de Bridget Vásquez, el reloj en mi muñeca, la pistola en la otra mano. Treinta y nueve horas doce minutos. Ni uno más. Ni uno menos. Justo el tiempo que me quedaba para buscar un pasaje que me sacara de aquel sitio. Yo era el único testigo. Pero no era juez, ni jurado.

Los billetes crujieron en mi mano. Los guardé. Me pagan para que meta la nariz en otros asuntos, no para que los huela. Tenía que encontrar una nave, y de inmediato. A Dulce Ofelia, mañana mismo, se la habría llevado el viento.

Salí a la calle enloquecida. El reloj, mientras tanto, siguió corriendo. También él tenía prisa, pero no iba a llegar a ninguna parte.

Rafael Marín Trechera (Cádiz, España, 3 de febrero de 1959) es profesor, escritor, traductor, guionista de cómics. Ha realizado crítica de cine, cómics y de literatura de ciencia ficción. Como novelista ha sido galardonado con los premios UPC, Ignotus, Pablo Rido, Castillo-Puche y Albacete de Novela Negra. En la Eurocon celebrada en Finlandia en 2003, recibió el premio al mejor traductor europeo de ciencia ficción. Escribió numerosos libros relativos al estudio de la historieta y realizó decenas de traducciones de libros de ciencia ficción y fantasía. Entre sus obras de narrativa se destaca: Lágrimas de luz (1984, reeditada en 1987, 2002, 2008),Unicornios sin cabeza (1987, antología de relatos), Serie La Leyenda del Navegante: Crisei, Arce y Génave (1992), El muchacho inca (1993), Ozymandias (1996, antología de relatos), Mundo de dioses (1998, reeditada en 2009), Contra el tiempo, en colaboración con Juan Miguel Aguilera (2001), La piel que te hice en el aire (2001), La sed de las panteras (2002, antología de relatos), El centauro de piedra (2002, antología de relatos), Detective sin licencia (2004), Elemental, querido Chaplin (2005), La leyenda del Navegante (2006, reedición en un solo volumen), Juglar (2006, reeditada en 2014), El anillo en el agua (2008), Piel de fantasma (2010), El niño de Samarcanda (2011), La ciudad enmascarada (2011), Las campanas de Almanzor (2011), Oceanum, en colaboración con Juan Miguel Aguilera (2012), Los espejos turbios (2012), Lona de tinieblas (2013), Está lleno de estrellas (2015), Mobtel (2015) y Son de piedra y otros relatos (2015).

En Axxón hemos publicado su cuento MEIN FÜHRER.

Este cuento se vincula temáticamente con BORGEANO, de Daniel Vázquez y Alejandro Alonso.

Equipo

Axxon

Equipo de Redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Sergio Bonomo, Pablo Burkett, Eduardo J. Carletti, Julio Cesar Castillo, Daniel Contarelli, Sofi Cos, Fernando José Cots Liébanes, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Marcelo De Lisio, Pablo Dobrinin, Néstor Darío Figueiras, Bárbara Gudaitis, Marcelo Gustavo Huerta, Serj Alexander Iturbe, Ricardo Manzanaro, Carlos Morales, Andrés Nieto Bugallo, Eduardo Poggi, Hugo A. Ramos Gambier, Valeria Uccelli, Carlos Daniel J. Vázquez (Axxonita), Pablo Vigliano



Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**